

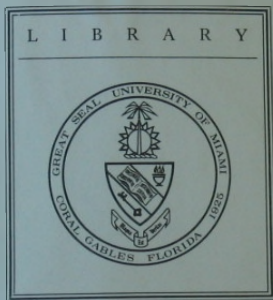
PQ
7390
.T5964
M5
1982

RODOLFO TORRES

HERMANOS EN LA GUERRA



MIS HERMANOS EN LA GUERRA



Premia cuenta
CONCURSO 28 DE JULIO
MINFAR

RODOLFO TORRES

mis HERMANOS EN LA GUERRA



Editorial Letras Cubanas
Ciudad de La Habana, Cuba, 1993

JURADO:

Félix Pita Rodríguez
Armando Cristóbal Pérez
Omar González Jiménez

PQ
7390
.T5964 M5
1982

Edición: Victoria Hernández
Diseño: Eladio Rivedulla

- © Rodolfo Torres, 1982
- © Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1982

Impreso en el Establecimiento 88 «Mario
Requena Gómez», en diciembre de 1982, Año
24 de la Revolución, Ciudad de La Habana.

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
Ciudad de La Habana, Cuba

ESTA GRAN FAMILIA

Cuando la guerra se recrudeció y las emboscadas podían contarse por minutos, las fuerzas del MPLA¹ necesitaron preparar sanitarios con toda urgencia, y entre el grupo que enviaron a la retaguardia llegó él. Traía los pantalones rotos en los fondillos y apenas sabía cincuenta palabras en portugués.

Resultaba difícil mantener una conversación con él porque hablaba el idioma de los mulas² y sólo eso, pero suplía la falta de comunicación con gestos, guiños, las manos extendidas o los puños apretados. Desde la primera vez, al llegar junto a nosotros, empezó con la sonrisa y jamás la borró de su rostro.

Procedía de una apartada zona en el sur, y sólo entendimos con claridad que tenía catorce años. Como el nombre era tan enrevesado, incluso para los demás angolanos, decidimos bautizarlo con el de Ernesto.

Entre las cosas que se le dieron inicialmente se incluyó un cinto, dos pares de medias, un pantalón verdeolivo, dos botas ya usadas y un pulóver de mangas largas. No perdió tiempo y fue corriendo a ponérselo todo.

—Epa³ —llamó nuestra atención.

¹ Movimiento Popular para la Liberación de Angola

² Grupo tribal del sur de Angola.

³ Oye, mira. [Voz local.]

Lo miramos y estuvimos contentos de que se sintiera bien, pero uno de nosotros dijo que Ernesto no se había bañado y le preguntamos. Como no nos entendía observaba nuestros labios y los gestos de desespero por establecer la comunicación, y fuimos con él hasta el baño. Allí nos desnudamos y le indicamos que lo hiciera también. Alegre se despojó de la ropa y nos imitó hasta el punto en que nos metimos bajo el chorro de agua.

Vio el jabón y, extrañado, lo apretó. Estaba temeroso de que se le fuera resbalando y cayera al piso. Mojó sus manos y con mucha seriedad, semiagachado, se las pasó por las piernas. Luego saltó varias veces y fue a ponerse los pantalones.

Hubo que hacerlo retroceder y obligarlo a que nos mirase cómo tomábamos el baño porque no quería comprender. El agua fría lo hacía resoplar y tirar patadas y decir palabras en su lenguaje incomprensible para nosotros.

Los días pasaban, halaba el rabo o las orejas de Mascota o lo hacía rabiar de una palmada en el hocico, y siempre miraba con ojos fijos cuanto hacíamos.

—¿Y esto? —preguntaba, señalando las camillas.

—¿Y esto? —preguntaba, señalando el esparadrapo.

—¿Y esto? —preguntaba, señalando las agujas de inyectar y las jeringuillas.

—¿Y esto? —preguntaba, señalando los pomos para los medicamentos, las pastillas sueltas, las vendas, el estetoscopio, el mercurómetro, las pinzas, las agujas para suturar... —daba vueltas alrededor nuestro, con risas y palmadas, apuntando entonces hacia las flores, el piso, los jarros, el techo, los asientos...

—¿Y esto? —seguía preguntando y lo mandábamos a otra parte aburridos de tanta preguntadera.

Por las armas y por las balas no interrogaba porque las conocía de memoria: él también las había usado en más de una ocasión y sabía qué podían hacer y dónde era necesario apretar o soltar. Ernesto había combatido

en las filas de las FAPLA¹ y ya tenía experiencia de encuentros con la UNITA,² el FNLA³ o los sudafricanos...

Con la guardia sucedía que todos teníamos obligación por igual: tres horas en la noche y una vez por semana. Y cuando le llegó el turno a Ernesto, se hizo el que no comprendió, después la empezó a hacer, pero se iba cuando quería o para donde le pareciera, dejando libre la entrada del hospital militar. Y hasta hubo una noche en que se quedó dormido, relevamos la guardia y le robamos el fusil. Casi al final del tiempo establecido lo despertamos y buscó el arma igual que un loco. Esa noche ni rió ni se acostó.

Al otro día, en pie todos y tomando el café de la mañana, Ernesto miró a cada uno.

—¿Mi fusil? —decía para nadie en especial.

En medio de las carcajadas y el llanto de Ernesto, volvió el arma a sus manos y no hubo, nunca más, que llamarle la atención por la guardia.

Nuestro movimiento junto a la tropa era constante. Y Ernesto, como todos los que trabajábamos en el hospital, salía con los combatientes y curaba a los heridos si se producía un enfrentamiento.

Sobrevino la paz relativa y la tensión disminuyó considerablemente. Por eso algunos domingos preparábamos un carro y algo de comer y enfilábamos hacia la Restinga.⁴ La primera vez que Ernesto nos acompañó se fue hasta la misma orilla de la playa, con la arena blanca sobre las puntas de las botas, y miró el ir y venir del agua.

¹ Fuerzas Armadas Populares para la Liberación de Angola.

² Unión Nacional para la Independencia Total de Angola: grupo escisionista pagado por el imperialismo y la reacción.

³ Frente Nacional para la Liberación de Angola: grupo escisionista pagado por el imperialismo y la reacción; considerado por sus integrantes como el Tercer Frente.

⁴ Porción de tierra que entra en el mar.

—¡Uhl! —exclamaba, asombrado—. ¡Rio grande! ¡Grandes! —decía moviendo la mano a la altura del rostro.

Se agachaba, tomaba arena con las manos y aquella escapaba entre sus dedos; miraba absorto hacia la fábrica de cemento, al otro lado de la bahía, y quedaba así. En su sonrisa aparecían miles de preguntas.

—¿Y Cuba? —decía, señalando hacia el mar.

—¿Y eso? —decía, señalando los barcos.

—¿Y aquello? —decía, señalando al puerto, las plumas de las grúas, los peces muertos en la orilla, los esquiadores sobre el mar, halados por un yate, el viento suave, el agua salada...

Ernesto, en muy poco tiempo, supo hacer las vendajes más complicados, aprendió a inyectar y a comunicarse casi sin palabras con sus compañeros. Vestía totalmente de verde olivo y llevaba una gorra como las nuestras. Estaba pelado como exigía el reglamento y era un muchacho serio que reía por cualquier cosa.

Una tarde dí que decía a unos cubanos llegados ya hacía poco:

—Yo soy de Santiago de Cuba, nací en la calle Enramada y moro¹ en El Cobre.

Al escucharlo, sin la entonación del idioma portugués, se pensaba que era un internacionalista, pero no se le apartaba de la lengua la palabra moro.

Una de las tantas noches los soldados angolanos llegaron al hospital después de realizar una operación. Venían sudados y sucios de fango. Saltaron del carro y corrieron por los pabellones y cuartos de cura, llamándolos a gritos:

—¡Ernesto morreau! ¡Ernesto morreau!

Me levanté precipitadamente y salí descalzo. Sólo dos jóvenes se quedaron en el pasillo, abanicándose con las boinas.

¹ Habitar, «morar». [Voz portuguesa]

² Murió. [Voz portuguesa]

—¿Murió Ernesto?

—Sim, camarada¹² —dijo uno de los jóvenes y volvió el rostro. Los otros toser.

Salí hacia el camión, pensando en el compañero que habíamos perdido. Escuché una risita apagada, pero tal vez fuera un sollozo, entonces miré los rostros y los vi serios.

—¿Dónde está Ernesto? —miré por entre los tablonas de la beranda del camión y vi la camilla en la oscuridad con un cuerpo tapado. Salté con rabia y aparté la frezada de un tirón. Ernesto se incorporó, echándose una carcajada.

—¡Ah, negro cebrón...! Filho da mãe!¹³ —grité, tratando de cogerlo pero saltó del carro y fue a esconderse.

Al otro día llegó metiendo los dedos en las cosas y haciendo el cuento de cómo era mi rostro cuando me acerqué a él arriba del camión. Los otros reían.

—Ernesto —le dije en voz baja—, me dieron desengaño de matarte de verdad.

El muchacho se acercó riendo, con los brazos abiertos.

—Você é o meu padre!¹⁴ —me abrazó—. ¡Padre!

No me quedó más remedio que pasar mi mano por su cabeza y recordar a mis sobrinos. Pero mis sobrinos eran pequeños...

—Ernesto, no hagas eso otra vez —le dije, y cuando pasó al lado de Mascota le halé el rabo.

Con los días lo fuimos entendiendo. Hablaba de ir algún día a Cuba y visitar las casas de los que vivíamos con él. Quería estudiar, y se entusiasmaba ante los libros, indecifrables para él. Nos acompañaba al cine, a las fiestas por los aniversarios, en las tristesas, en las cartas que nos traían alegrías y penas o durante

¹² Si, camarada. [Voz portuguesa]

¹³ Hijo de madre. [Voz portuguesa]

¹⁴ Usted es mi padre. [Combinación de portugués y español]

los atardeceres fuera del país y sin noticias de la gente que uno quiere. Despertaba riendo, haciendo travessuras y cuantos de los que sólo percibíamos la mitad...

Otra tarde habían venido buscando un sanitario para acompañar la tropa que debía tirar el cerco a unos bandidos. Ernesto recogió su comando con lo impredecible y montó una camilla en la parte de atrás del carro. Pasó la mano por la cabeza de Mascota y, riendo, subió al vehículo desde donde lanzó dos o tres palabrotas en español hacia el hospital.

Esa noche él nos sobresaltados el frenazo del camión, y salimos al momento. Las estrellas titilaban y Mascota ladraba furiosamente. Alguien del vehículo dijo, confundidamente, unas palabras.

—¿Cómo?

—Está aquí —repitió la misma voz entre un grupo de cabezas que no reconocimos.

—¿Dónde está? Déjame verle —pedí pensando en la broma de la vez anterior. Trataría de agarrarlo y lo ataría con gasa a una de las camas del hospital, como si estuviera herido o loco. Entonces me reiría de él.

En dos zancadas subí al camión y quedé suspendido de la baranda, sin aliento, observando a la luz del portal, a Ernesto, sonriente, con los ojos semicerrados, extendido y quieto sobre la camilla que él había llevado. Quise decir algo más no pude hablar. Me agaché a su lado y puse la cabeza entre mis manos. La suya tenía un agujero horrible.

Se llamó al jefe del batallón y no se encontraba en la oficina. Entonces bajamos su cuerpo hasta el recibidor del hospital. Y, temprano por la mañana, llegó el comandante angolano con otros soldados.

—¿Lo conocía? —preguntó nuestro jefe.

—Claro, era uno de mis hombres.

—¿Cuál era su nombre?

—Ernesto —dijo aquel, convencido.

Todos nos miramos, serios.

—No, esa se lo pusimos aquí. Su verdadero nombre... ¿Cómo se llamaba en realidad?

—No lo sabemos.

Nadie levantó la cabeza. Era algo nuevo y nos sentíamos mal.

—Bueno, hay que comunicárselo a los familiares.

—¿Él no dijo dónde vivía? —preguntó el comandante angolano.

—No, no lo dijo.

—Pues tampoco yo lo sé —respondió muy serio.

Había desaparecido el bullicio de los pasillos y Mascota dormitaba inquieto sin que nadie lo molestara. Entonces, comprendimos, realmente, a fondo, que allí todos éramos familiares. Debíamos hacernos cargo de Ernesto y continuar serios sin dejar la sonrisa.

Los tanques avanzan por la carretera. Arriba de los tanques van muchos hombres sudados, fumando, con los fusiles a un lado.

Desde lejos se oye el ruido ensordecedor que producen las esteras en el pavimento. Camiones y más camiones llenos de soldados que avanzan hacia el sur.

Desde el hospitalito se pueda ver todo el trajín.

Ayer mismo llegó un FAPLA jovencito bañado en sangre. Murió pocas horas después a pesar del esfuerzo de los cirujanos. Ahora está tendido en una camilla y esperamos que lo vengán a recoger.

El ruido que meten los tanques ahoga los quejidos de una mujer de la raza de los mullas que ha terminado de parir en la otra habitación, pero sobre el estruendo se escucha el llanto del niño.

Lobito, marzo de 1976

Un muchacho llegó corriendo y dijo que la hija del cocinero había muerto. Saltamos la cerca que rodea nuestro campamento y caminamos por la callecita de tierra, entre las casas de madera y zinc. El médico entró delante y se agachó al lado de la cama. Luego se irguió y salió de la habitación.

—No hay nada que hacer —dijo.

—¿De qué fue, médico? —preguntó un cubano llamado Falipa.

—No sé —contestó el médico—. Raquitismo, malaria, gastroenteritis, hambre, mala vida... Todo eso junto —y salió hacia el campamento.

Los otros nos quedamos mirando. Prepararon un caldoso de *funji*¹² con pescado frito y repartieron *caporrito*¹³ en pomitos y en latikas sin decir una palabra. El padre de la niña, que había empezado a trabajar en nuestro campamento hacía dos días, espantaba las moscas posadas en el rostro de la hija. La madre emitía un lamento continuo sin abrir la boca mientras balanceaba su cuerpo.

¹² Comida criolla angolana; harina preparada como almidón; pero más espesa, sin sal ni manteca. Se traga uelida a otros alimentos, no se mastica.

¹³ Cebada mezclada con agua y azúcar y fermentada con pilas de linterna ya usadas.

Al otro día fuimos a la pequeña casa para saber en qué los podíamos ayudar y vimos el cadáver en la cama. Pensamos que las costumbres eran diferentes y el ritual seguiría por algunas horas. Me acerqué a una mujer.

—¿Cuándo es el entierro?

—No tienen en qué enterrarla —dijo una mujer sin levantar su rostro.

Quedamos en silencio mirando a la gente y escuchando el murmullo monótono de la madre.

—Deben comprar una caja —dijo Felipe.

El padre de la niña salió de la habitación, pasó a nuestro lado con la cabeza gacha y me pareció más bajito. Bebió medio vaso de caporoto, se limpió los labios y dijo sin mirarnos.

—No tenemos dinero.

Felipe no dio tiempo a que quedáramos en silencio. Hizo varios movimientos con las manos y caminó de un lado a otro.

—Nos la robamos, no tenga pena por eso. Vamos y la robamos —dijo poniendo una mano en el hombro del cocinero.

—No inventes —protestó el teniente—. Tú no vas a llegar a una funeraria así como así a llevarte una caja de muertos.

Felipe quedó pensativo y volvió al paseo. De pronto se llevó una mano a la frente y sonrió. Miró al padre de la niña y se puso serio.

—¡Ya lo tengo! Vamos a resolver esto de otra manera. Las cajas de proyectiles de las antiaéreas ka-treinta son largas. —dijo varios pasos hacia la puerta y se volvió—. Ya verán...

Nadie dijo absolutamente nada y Felipe salió corriendo.

La madre de la niña seguía moviendo su cuerpo y produciendo aquel extraño murmullo sin abrir la boca. Todos hablaban en voz baja y bebían caporoto. Como a la hora, Felipe y un soldado angolano, se aparecieron

con una pequeña caja rectangular forrada con una sábana blanca por dentro y por fuera.

—Me dio tremendo trabajo —dijo Felipe y se trotó las manos.

Llevó el ataúd a la habitación y lo colocó sobre la mesa, al lado del cadáver. Volvió a nuestro lado y dijo:

—Dame un poco de caporoto ahí que tengo la cabeza hecha agua —y bebió ávidamente del pomo que le entregué.

Cuando otro de los cubanos preguntó dónde estaba el cementerio, respondieron que se encontraba a más de cuarenta kilómetros. Podíamos llevarlos hasta allá en uno de nuestros carros, pero casi seguro que nos hacían una emboscada al regreso y quién sabe si alguno dejaba el pellejo en esos trajines. De todos modos ellos mismos se encargaron de decir que no había necesidad de llevarla tan lejos pues querían enterrarla cerca de la casa.

—¿Vamos a acompañarlos? —dijo Felipe. Entonces vimos cómo dos hombres del caserío cargaron el ataúd. El padre señaló un inmenso árbol y hacia allá fuimos. Abrimos una fosa debajo del árbol y depositamos el sarcófago. Después de echar la tierra nos miramos en silencio. Pensé que todo había terminado, pero el padre de la niña dijo que faltaba la cruz.

—Bueno, que la hagan ellos —dijo muy bajito a otro compañero, pero Felipe se adelantó, acercándose al padre.

—¿Cómo se llamaba ella? Dígame el nombre y el día del nacimiento —notó en un papellito y fue corriendo al campamento. Nosotros estábamos conversando de las cosas que tiene la vida en cualquier sitio. Al fin, Felipe apareció con la cruz que era de madera y en su centro un cartón clavado con el nombre de la niña y las fechas del nacimiento y la muerte.

—Tomen —dijo alargando la cruz. Uno de los angolanos la cogió y fue hacia el montículo de tierra, parándose en uno de sus extremos.

—Aquí —señaló empujando la madera.

—¡No, camarada, ahí no! La cabeza de la niña está para allá, hay que ponerla para allá —aseguró otro. El que tenía la cruz dijo:

—Ella está enterrada así —y extendió su brazo a lo largo de la sepultura—. Su cabeza está aquí. La cruz debe ir aquí.

—¡Ahí están los pies, camarada! Si pone la cruz en los pies la niña no irá al cielo. La cruz debe ponerse en la cabeza —argumentó otro angolano.

—¡Usted se equivoca! Cuando la pusieron en la caja su cabeza estaba hacia acá y la enterramos con la cabeza para este lado —afirmó el que tenía la cruz.

—No, no, camarada, vamos a sacarla para que usted vea que la cabeza está para acá? —dijo el otro—. Si pone la cruz en los pies su alma quedará mucho tiempo en la tierra.

Los demás aprobaron. Sólo el padre de la niña hizo un imperceptible movimiento de negación con la cabeza.

Nosotros no interveníamos. Pensé que era un problema de los angolanos y sólo ellos podían resolverlo. Habíamos comprendido que era una situación especial, importante, aunque no pusáramos cruces a nuestros muertos. De todas formas era incómodo para todos que sacaran el ataúd.

Empuñaron las palas de zapadores que habíamos usado para cavar y las afincaron en la tierra removida. Algunos nos volvimos.

—¡Camaradas...! —dijo Felipe levantando una mano. Todos hicieron silencio. Otro de los cubanos le apretó un brazo y dijo rápido, bajito:

—No jodas más, coño.

Felipe hizo un brusco movimiento con el brazo y se soltó. Se colocó en medio del grupo y dijo:

—¡Camaradas, esta menina¹⁵ era un angelito. Nunca había bebido gúigua¹⁶ o caporrete o cerveza ni nada de eso. No había fumado, sólo tomaba leche. Ella no había robado, no había matado a nadie... Esta menina era pura, no tenía manchas... Empezaba a vivir cuando murió... —todos asientan con movimientos de cabeza y las manos tomadas en el regazo—. Esta menina irá al cielo de todas formas, así que vamos a poner la cruz aquí.

Se acercó al que tenía la cruz y se la quitó. Fue a la sepultura y clavó la punta de la madera en el mismo centro del montículo. Miró los rostros de los angolanos y los vi satisfechos.

El cocinero se acercó a Felipe, mirándolo a sus ojos y le estrecho la mano.

—A minha filha vai para o céu, temos segurança —dijo—. Obrigado, camarada.

Luanda, septiembre de 1976

¹⁵ Niña. [Voz portuguesa]

¹⁶ Bebida muy fuerte hecha de boniato hervido y fermentado, y luego destilado. También se hace del fruto del *Bumelia*, árbol nacional angolano.

¹⁷ Mi hija va para el cielo, estamos seguros. Gracias. [Voz portuguesa]

La gente nos aluda y mira el tren con los tanques de guerra, las pipas de agua, las tanquetas y las ambulancias encima.

La locomotora aminora la marcha y vamos el letrado indicador: Quinjeñe. A ambos lados de la vía se amontonan multitud de miserables casas y la estación pintada de azul.

El tren para en firme y nos lanzamos a tierra. Los de la estación se quedan mirándonos. Nosotros sonreímos y vamos a su encuentro. Hablamos del tiempo y de los frutos diferentes.

Hay un angolano blanco en camisa sentado en un tronco seco. Cuando un negro puro tiene el caballo totalmente encanecido es que ya está requeteviejo, ha oído decir.

Yo le pregunto:

—¿Cuántos años tiene?

Nos mira silencioso. Está descalzo y su piel, de piel cuarteada, dura en la planta, se abre en los dedos como unabanico. El viejo cierra sus ojos y un niño traduce.

—No sabe —responde al niño después de escuchar al anciano. No habla el portugués y dice que sólo sabe omhundo.¹⁰ El intérprete tiene ocho años y ya lee y

¹⁰ Dialecto.

escribe, enseñado por misiones religiosas, seguramente.

El niño lleva en el bolsillo de la camisa una estampita con un dios blanco, omnipotente, todopoderoso y único. Piensa que el viejo aún cree en los dioses negros de la fertilidad, el río, la muerte, el rayo, la guerra, el nacimiento...

El anciano mantiene la mirada baja, y, a pesar del tiempo que estoy delante de él, no he logrado ver el rostro. El niño es diferente; sonríe al decir:

—Eu sou um pioneiro.¹¹

Para él es algo muy grande ser pionero. Lo dice con tal alegría que me la transmite, y yo me siento contento de que lo sea. Paso mi mano por su cabecita. Los ojos almendrados me observan a los ojos directamente, después se detienen en mi fusil. Desliza un dedo por el cargador y lo retira, satisfecho de haber hecho algo tan arriesgado. Le quito el cargador al arma y se la entrego, sosteniéndola por la correa.

—Gostas do meu fusil?¹² —pregunto al niño. Saco un cigarro para mí y extiendo uno al viejo. Tengo que tocarlo en el hombro y mira de soslayo, fúgax. Estira el brazo y abre la mano llena de cicatrices y agarrada. Allí dejo el cigarro.

—Gosto, gosto muito da tua espingarda. Eu quero ser!¹³ FAPLA —dice riendo—. Pum, pum, pum —apunta con el arma sostenida por mi mediante la correa.

—¿Cuál es tu nombre?

—Joao —responde y mira el arma.

—Y el nombre de él. ¿Cuál es el nombre de él?

El niño se vira hacia el viejo, quien ya fuma y levanta la mirada. Las moscas zumban alrededor nuestro. Joao continúa acariciando mi fusil, que ya tiene el cargador y está a mis espaldas, y dice:

¹¹ Yo soy un pionero. (Voz portuguesa)

¹² ¿Te gusta mi fusil? (Voz portuguesa)

¹³ Me gusta, me gusta mucho tu fusil. Yo quiero ser FAPLA. (Voz portuguesa)

—Hoyi.

Pero Hoyi no ha dejado de hablar. Su voz toma fuerzas poco a poco y su rostro pierde arrugas. Tiene los ojos totalmente abiertos, con una envidiable chispa de juventud.

—El ferrocarril no estaba hecho cuando yo nací —irradia João con rapidez—. Todo esto era selva. Los animales no huían del hombre como ahora. Vivíamos felices ellos y nosotros. Yo era un niño cuando empecé a trabajar la tierra, luego llegaron los blancos a nuestro país, allá en Mombaca, y cargué cosas para ellos por toda la selva. Caminábamos de día y descansábamos por la noche. El hombre blanco se quedaba en un sitio y cambiaba sal o armas por diamantes. El hombre blanco debe de ser loco, nunca lo entendí. Ahora no lo entiendo tampoco. Dicen que ahora son otros los colonos, que ya las colonos portuguesas se fueron y llegaron otros colonos blancos mejores que ellos.. ¿Tú eres de los colonos nuevos?

Hoyi me mira interrogativamente. En realidad sabría qué responderle, pero ¿cómo hacerlo? Pienso un momento y digo:

—Le digo que no somos colonizadores, que somos revolucionarios que luchan junto a ustedes por su país, por toda Angola.

Espero a que el niño traduzca. Hoyi escucha la respuesta y se queda mirando al suelo. Después se dirige a João.

—¿Por qué se encuentra aquí si no es colonizador?

—Los ayudamos a ustedes en la guerra contra los colonizadores y contra los agresores para que sean libres como nosotros. A ustedes no les gustan los colonizadores ni a nosotros tampoco.

Pienso un momento y digo:

—Entonces ustedes son unos colonos buenos. Los colonos de antes si eran malos —calle y abre la camisa sucia y rota. Muestra el pecho cubierto de marcas profundas. Se gira y le veo la espalda con huellas

como de quemaduras, como de machetazos, qué sé yo.

No sé qué decirle a João para que traduzca. Hoyi ha bajado su camisa y mira hacia el tren o hacia las copas de los árboles. Me parece que hay tristeza en su mirada.

Varios cubanos se llevan a João y hablan con él mientras come unas galletas que le han regalado. Sé que para ellos también es necesario conversar con un niño y no hago nada para atraérmelo. Quiero retirarme, pero antes mantener una comunicación afectiva hacia Hoyi. Él ve que mi mano se aproxima a su hombro y lo mueve rápido para atrás, de modo que no logro tocárselo. En su mirada hay un sentimiento nuevo: es miedo lo que tiene. Saco varios cigarros y se los entrego. Los deposita en el regazo mientras dice:

—Baqueto,²¹ baqueto —da palmadas—, baqueto, baqueto.

Camino hacia el tren que ya empieza a moverse y vuelvo la mirada.

Hoyi está sentado y nos observa mientras fuma. João salta alegre entre arbustos y flores recién sembradas compartiendo nuestras galletas.

El sol está alto y nuestras sombras, sumadas ahora a las de João y de Hoyi y de los otros, se proyectan con igual dimensión sobre la tierra.

Quinjanja, marzo de 1976

²¹ Gracias. (Ombundo, dialecto)

EL LOCO DE LA BOINA

Para Pedro Kamacalala,
compañero de tragos en Lobito.

Se pasea cada día por el parque que está frente al hospital y revisa cuidadosamente todos los árboles. Al final de cada búsqueda, con ojos extraviados, se quita la boina y observa desconsolado hacia atrás. Da la impresión de un patriarca, con su cabellera blanca y despeinada.

—¿Está loco? —pregunto.

—Sí, camarada —responde un sanitario miembro de las FAPLA.

—¿Qué busca en los árboles?

—Un mono herido...

—¿Un qué...?

—Un mono herido... Un mono que él hirió hace mucho tiempo.

—¿Cómo tú sabes eso?

—Él mismo se lo dice a la gente; siempre está hablando solo.

—Bueno, cuéntame eso.

El soldado angolano da la espalda a la ventana y dice:

—Hace muchos años, iba por la mata²¹ y se le rompió el automóvil, trató de arreglarlo y como no pudo pues sacó el fusil y salió caminando, pero se perdió. Anduvo muchos días sin comer, atravesando la mata, apartando bejucos y arbustos que no lo dejaban cami-

nar. Dice que la luz del sol casi no llegaba al suelo y las hojas húmedas, podridas, soltaban un vapor muy fuerte. Los troncos de los árboles, que son altos, se perdían entre las copas de otros más pequeños o más grandes. Siempre anda diciendo que escuchaba y que escucha todavía el grito confuso de los animales entre mil ruidos.

El soldado hace silencio un momento y mira por la ventana.

—Tenía mucha hambre y como llevaba el fusil se le ocurrió matar algún animal. Por eso caminaba lento, mirando hacia arriba, preparado para disparar y no fallar en lo primero que viera. Siempre está diciendo que tuvo miedo cuando vio el bulto carmelita moviéndose tras unas ramas. Rodeó el árbol para lograr un disparo más efectivo y vio al mono sentado sobre una rama, observándolo. Dice que daba saltos, chillaba y se quedaba quieto.

Ni me di cuenta cuándo encendí este cigarro. El soldado sonríe al comprender mi estado de ánimo.

—El mono se tapó los ojos con las manos, pero mirando al mismo tiempo entre los dedos. Y fue cuando le disparó. Dice que el animal empezó a caer lentamente, agarrándose de las ramas, y parece que perdía fuerzas pues soltaba un puñado de hojas y se balanceaba en otro lado... Así iba cayendo hasta que terminó en el suelo.

El soldado calla un instante y mira a los demás compañeros que han ido agrupándose, que lo escuchan en silencio.

—En el suelo, se llevó una mano a la herida, miró la sangre que le empapaba los dedos y levantó los ojos. Iba a rematarlo y apuntó... El mono se había sentado y lo miraba. Siempre que llega a esta parte del cuento se echa a llorar porque dice que vio lágrimas en los ojos del animal y él seguía con el fusil pegado al rostro y el dedo en el gatillo, apuntándole a la cabeza. Entonces el animal apoyó su cuerpo en una mano y con la

²¹ Selva. (Voz portuguesa.)

otra arrancó hierbas y hojas menudas que se llevó a la boca, las ensalivó y apretó fuertemente contra la herida.

Nadie habla y sólo se escucha el ruido de los autos al pasar y la voz del soldado angolano.

—Dice que no pudo más y sacó el dedo del gatillo y bajó su fuell, pero el animal no dejaba de mirarlo. Cuando hace el cuento dice que le parecía como si el mono hubiera querido interrogarlo y únicamente veía una pregunta en su mirada. Luego vio cómo el mono, apoyado en una mano, se alejaba mientras con la otra apretaba las hojas contra la herida.

Miro el parque y no veo el viejo de la botina. Entonces digo:

—No entiendo para qué lo busca.

—Porque dice que necesita curarlo.

Huila, marzo de 1976

LA PRIMERA MISIÓN

Para mi primo Manolito y los que
cayeron junto a él en desigual
combate.

El compañero entró con una rosa en las manos. Había en sus pétalos unas gotas de rocío como puntos de luz. Era una flor hermosa y roja como aquel charco de sangre.

Sali al pasillo y miré los árboles quietos, potentes. Una gallina escarbaba en el jardín. Las rosas exhalaran un perfume tenue, como el de las manzanas en flor que habíamos dejado por el camino el día anterior, cuando viajábamos en tren hacia Huambo entre precipicios y valles envueltos en neblina.

—Esto es hermoso —dijo uno.

Mirábamos las montañas y las aves en vuelo. Hacía frío y una llovizna pegajosa empapaba las capas de campaña. La locomotora rugía a causa de la elevación y avanzábamos despacio mirando el paisaje.

—Este país es riquísimo.

—Dicen que Cabinda es más o menos del tamaño de Matanzas, pero tiene oro, petróleo, diamantes.

La locomotora había aumentado la marcha, y comenzaron a aparecer casas de adobe con paja y zinc en los techos, después de madera y luego de placa, de dos placas, de tres placas, y ya se veían las grandes avenidas; entonces vimos edificios múltiples llenos de agujeros por los impactos de proyectiles.

La locomotora alumbró la vía férrea hasta un recodo, pitó fuerte y se detuvo. Recogimos los fueles y las

mochilas y caminamos bajo la lluvia. Teníamos hambre pero no dio tiempo de anunciarlo: nos esperaban varios calderos con comida.

Después, salimos hacia un albergue improvisado y nos acostamos en catres de lona. El viaje había sido excitante, con la inminencia de una emboscada o un descarrilamiento.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—Hasta que dure la guerra, no sé...

Otro por allí saltó:

—¿Saben cómo se llama lo que estamos haciendo? Esto es internacionalismo proletario —dijo mientras registraba en su mochila—. Ayudamos a este pueblo a liberarse igual que nos han estado ayudando a nosotros. De aquí no nos llevaremos nada...

—Estás equivocado. Nos llevaremos nuestros muertos y una gran experiencia.

Miré al que hablaba, estaba serio. Los otros se acomodaban en los catres. El compañero fumaba acostado y tenía la mano detrás de la cabeza. Observé su rostro, traté de imaginarlo muerto, pero no concebí semejante posibilidad: fumaba, movía sus manos, respiraba... Traté de imaginar que el muerto fuera yo y me pareció más irreal todavía.

Apararon la luz y comenzó nuestra cuarta noche en Angola.

—¡Arriba! —gritó un capitán.

Nadie habló. Nos frotamos los ojos y algunos quedamos acostados todavía.

—¿Cuántos son ustedes?

—Ocho...

—¿Qué especialidad tienen?

—Sanitarios... Sanitarios mayores.

—Ustedes llegaron anoche... ¿Comieron bien? ¿Tienen hambre?

Contestamos afirmativamente.

—Vístanse rápido. Tengo una misión para ustedes. El oficial salió a la calle y cruzó los brazos. Se veía nervioso. Terminamos el aseo y nos acercamos al capitán.

—Vamos a desayunar —dijo.

Caminó hasta un camión y montó. Volvió la mirada al grupo y salió del carro.

—¡No, no! ¡Busquen los fusiles!

—Pero...

—¡Andando, que la cosa es rápido!

Empuñamos las armas y montamos en el vehículo. Todos nos miramos mutuamente las manos y los ojos para descubrir el temor. Ninguno decía nada.

—¿Para dónde van ustedes?

—¿Cuándo, ahora?

—No, para dónde siguen después de...

—¡Ah, para el frente de combate!... Hacia el sur.

—Está bien. Ahora tengo una misión para ustedes.

No dijo nada más ni nadie preguntó de qué naturaleza era la misión. Atravesamos la ciudad y llegamos a una construcción de dos plantas que tenía un letrero de cemento sobre la entrada: Casa de Saúde de Huambo."

—Abajo, compañeros.

Caminamos tras el capitán. Pasamos ante una oficina donde había médicos y enfermeras en silencio, trajinando en unos archivos. Luego estaba la farmacia y un pasillo. Nos envolvió el aromático olor del café.

—Desayunó para estos compañeros, por favor —se dirigió a una negra con delantal. Pero casi todos tomamos sólo café por la costumbre de no beber otra cosa en horas tempranas. Luego encendimos cigarrillos.

—Vengan acá, compañeros —al capitán caminó hasta el final del pasillo. Nosotros llevábamos los fusiles a la espalda. El oficial empujó una puerta de cristales y quedamos fuera.

—Entren, entren...

• Hospital de Huambo

Había varias sillas pegadas a la pared y en el centro de la habitación se extendía un sarcófago del que gotteaba sangre.

—Necesitamos hacerle guardia de honor... Era un compañero... Murió hoy mismo... Lo trajeron del frente...

Observé las sillas vacías y los mosaicos negros y blancos. El ataúd, gris, tenía la tapa atornillada. Estaba tendido sobre bancos de madera.

—Ustedes se ponen de acuerdo... Se relevan...

Entré en el primer grupo de a cuatro. Me situé hacia la parte superior del sarcófago con el fusil al pecho y mirando la espalda de otro soldado. La sangre me salpicaba los bajos de los pantalones y las botas. El manchón oscuro se iba extendiendo lentamente debajo de la caja y debí apartarme un poco.

El compañero que estaba delante tenía sudados la espalda y debajo de los brazos. El sudor también le corría por el cuello. Observé detenidamente la punta del cañón de su fusil y lo vi temblando. Pasé la vista al mío y también temblaba.

Transcurrieron los cinco minutos y los cuatro que se habían quedado fuera entraron a relevarnos. Salimos al pasillo y me senté en un quicio; puse el arma en los muslos. Había un jardín muy cuidado que tenía rosas rojas y blancas, más allá se veía una tapia y árboles rectos de follaje verde. Sólo se escuchaban voces lejanas y el ladrido de un perro.

—Vino herido del frente...

Los otros fumaban.

—Debió de ser un oficial —comentó otro.

—¿Por qué? ¿Por la guardia de honor?

—Sí, seguro que era un oficial.

—No. También se le hace guardia de honor a un soldado.

—Ya son los cinco minutos —dijo.

Entramos a la habitación. Los otros cuatro respiraron aliviados. Tuve cuidado de no pisar la sangre. El manchón oscuro era más grande, pero ya no salpi-

caba y pude acercarme a la caja. Era larga y alta. Mire el cabello rubio del que tenía delante, pasé la vista a su espalda y pensé en mi madre, en mis hermanos y en los amigos, aunque también recordé a Joan y a Hoyi, y los míseros hogares que habíamos visto en sólo cinco días.

Llegó el relevo y salimos al pasillo. Volví al quicio y miré los árboles, quietos, potentes. Bajo la mata de rosas había una gallina escarbando el suelo. Allá lejos un camión pasó rápido y dejó escuchar el claxon. El capitán apareció con un jarro en las manos.

—¿Qué tal se sienten, muchachos? ¿Quieren café?

Nos empinamos la vasija y encendimos cigarrillos.

—Capitán —dijo uno—, ¿as lo llevan para Cuba?

—No, lo enterramos aquí.

—¿Y no se pueda preparar y llevarlo para allá?

—No, debemos enterrarlo aquí.

—¿Y cuándo se lo llevan?

—Dentro de dos años.

—Bueno —uno del grupo se acercó al capitán—, el caso es que se lo lleven.

Se cumplieron los cinco minutos y dejamos al oficial con el jarro en las manos. Estaba de espalda a nosotros con la cabeza inclinada.

Marché junto a mis compañeros con el fusil al pecho, mirando adelante, y ocupamos los altísimos.

La sangre se había oscurecido y reflejaba el fondo del sarcófago. Un compañero de la guardia anterior entró con una rosa y la colocó sobre el ataúd. Era una flor enorme, roja como aquel charco de sangre, pero había en sus pétalos gotas de rocío como puntos de luz.

Huambo, marzo de 1976

MASCOTA

Mascota ladró dos veces y yo voy a ver qué sucede. Ese perro tiene muchas pintas en todo el cuerpo y es un sato, pero su valor radica en que ha hecho el recorrido desde Luanda, donde lo encontró un cubano aún siendo un cachorro, hasta el mismo Cunene. Después volvió dentro de una mochila y fue a parar a Huambo. Ahora está en Lobito.

Algunos, en broma, cuentan que ha combatido. Aunque es cierto que el perro conoce a los cubanos a un kilómetro.

Salgo al patio del hospital y encuentro a un grupo de compañeros que traen a una mujer herida en la cabeza. El perro olfatea a todos y después se acuesta, contento de haber avisado.

Cuando termino de curar a la mujer vuelvo donde está el grupo y veo a Mascota frente a una vasija con café en medio de la gente que ríe. Mascota levanta el hocico y da un ladrido. A lo mejor no le gusta el café, pero estoy seguro que sí nos conoce.

Lobito, agosto de 1976

LA MUÑECA VERDE DE MARIA

A Rodolfo,
mi esperanza.

Alrededor de nuestro campamento siempre hay una pandilla de muchachos pidiendo cosas de comer o antojándose de un pulvér o de un jabón. Siempre quieren algo y pensamos que los mayores los mandan.

Maria, sin embargo, tiene una botella verde que acaricia y carga maternalmente en su pecho; le da nádegas y gime juntando su carita al vidrio y nunca pide nada.

Los árboles que rodean nuestro campamento y el de las FAPLA dan sombra suficiente para todos los niños de la *senzala*¹ que está a un lado, no muy lejos de nosotros. Cuando no tenemos nada que hacer miramos corretear a los muchachos y conversamos con ellos.

Pero quien más les habla es Roberto, el flaco de pelo lacio que saca una foto a toda hora y la mira. Llama a María por las tardes y la carga, mientras ella balbucea alegre, señalando hacia su «muñeca» y tocando la barbilla de mi compañero.

En cierta ocasión, él se sentó sobre una piedra con la niña en los muslos y sacó un plumón de tinta del bolsillo para pintarle ojos al vidrio, deshilachó una

¹ A'gaa criolla angolana formada por quimbos e bahias

soga y le puso palo desde la boca de la botella. María cargó nuevamente a su muñeca, mirándonos sorprendida. Reía nerviosa.

A partir de aquel momento ella volvía todas las mañanas con su muñeca verde de vidrio. Ya los ojos habían desaparecido, el pelo de soga apenas existía y ella seguía cargando la botella en su seno, aunque algunas veces la llevaba a la espalda sostenida por tiritas o con un cordel, como su madre lo hizo con ella y lo hacía ahora con el hermanito.

Una de esas tardes en que no teníamos ni deseos de leer, comentamos acerca de la muñeca negra que Luis había encontrado en una casa abandonada. Roberto se paró de pronto y se alejó para volver en seguida con el juguete.

Sin pronunciar otra palabra nos retiramos hacia la parte trasera del campamento porque si Luis nos agarraba regalando su «propiedad», nos mataba. Desde allí llamamos a María. La niña no quería venir para no apartarse de su grupo, pero cuando Roberto, de lejos, le mostró la muñeca, echó a correr, curiosa, hacia nosotros.

Al acercarse puso la botella en el suelo, lentamente. Su cuerpecito negro se elevó en la punta de los pies y extendió las manos. Apretaba la muñeca, la alejaba de sí, la miraba desde varios ángulos, le levantaba el vestido corto, le hablaba con cuidado el blumer, pasaba despacio sus dedos por la cara del juguete y se quedaba con la boca abierta cuando los ojos de plástico se cerraban.

Súbitamente, luego de agacharse y recoger la botella, echó a correr hacia la zanzala. No paró hasta bien lejos del grupo, y después, de vez en vez, miraba a la muñeca y sonreía.

Después de esto, María estuvo un poco arisca algunos días, sin acercarse por el campamento, pero fue

tomando confianza otra vez y ya se paseaba de nuevo entre los soldados. Siempre nos miraba, acostumbrando la muñeca, la acariciaba con su rostro y balbuceaba palabras incoherentes en el pelo del juguete. Cuando se cansaba de ese juego, procuraba sostenerla sobre la espalda, pero la muñeca se le iba de lado porque estaba sin atar.

Roberto es del carajo: siempre tiene una idea distinta acerca de las cosas. Cuando uno va asimilando la primera que puso en práctica, resulta que él va por la quinta. Por eso se busca problemas con los demás, y tal vez por eso trajo a María hasta donde estábamos, la dejó con nosotros y salió corriendo para el campamento, de donde volvió con un paño de colorines. Detrás de él venían Luis y Arnaldo, de los que sólo se escuchaban las pisadas fuertes del encabronamiento.

Pero Roberto, dándole la espalda, entregó el vestido —¡Indisimlo! —a María y esta se quedó mirándolo. No sabía qué hacer. Tenía la muñeca entre sus brazos. Nos miraba. De pronto observó fijamente la tela, y fue como si se le revelara algo. En sus ojos apareció la idea completa. Se agachó con la muñeca prisionera en el seno y agarró el vestido, doblándolo hasta convertirlo en una faja más o menos ancha, llevó el juguete a su espalda, se inclinó para que no cayera al suelo y fue subiendo el tejido desde las piernas para ceñirlo alrededor del cuerpo oscuro de plástico, se amarró la tela en el pecho luego de darle una vuelta, y puso las puntas sobrantes debajo de la faja.

Luis, que había vuelto de una operación combativa, llegó junto con Arnaldo. Sólo había ojos para Roberto.

—¿Dónde está la muñeca?

—¡Devuélveme el vestido!

Roberto no contestó. Nadie decía nada. Todos reían, mirando a María. Entonces ellos dos siguieron nuestras miradas y empezaron a decir cosas más tolerables.

A Lula se le saltó una lágrima grande y Arnaldo se fue con cara de rabia, pero el resto miraba a María que balanceaba su menudo cuerpo y daba palmadas en los muslos de plástico.

Chinguar, abril de 1976

MIS HERMANOS EN LA GUERRA

No muchos días después que Manolo y Roberto, y más tarde Alberto, se fueron de la casa yo tomé el mismo camino y dejé a mi madre allí en la puerta. A cada movimiento de mi cabeza ella era más pequeña junto a mi hermano, hasta que las vi medio borrosas, empañadas, y volví el rostro. Yo era el cuarto de sus hijos que iba a la guerra.

Mis hermanos no saben dónde me encuentro y posiblemente ni sepan que estoy aquí, pero tengo suerte porque hace un mes o mes y medio apareció un compañero de mi pueblo y me dijo:

—Tus hermanos están cerca de la primera línea de combate, hacia el sur. Roberto anda con la gente de cañones y Manolo maneja un Datsun rojo en el grupo de avanzada... Del otro no sé nada.

Entonces se fue como vino y no pude hacer otras averiguaciones. Algo sí me extrañó: que yo supiera, Manolo nunca había manejado. Esa es la única noticia que tengo de ellos y son terribles los pensamientos que me asaltan aquí en la retaguardia. Por eso es que si debo partir para otra guerra, y mis hermanos van también, trataré de estar cerca de ellos, muy cerca. Estaré a su lado para que no les suceda nada. Con la presencia de uno el peligro es menor y hasta puede que desaparezca por completo.

Cada día traen soldados angolanos o cubanos heridos y luego se recuperan o mueren. Nuestro trabajo consiste en apartar la muerte de esos hombres y que luego continúen la lucha. Así es la guerra y para eso son los hospitales en la guerra.

Aquí hacemos guardia de día y de noche, en paciente espera por atender cualquier caso, pero una guardia nocturna es aburrida si uno está solo. También este silencio de hospital es insoportable.

Escucho el inatento pitido de un carro. Camino hasta el portal y veo una rastro de las nuestras.

—Acércate —dice el chofer—, traigo un compañero muerto. Lo encontré cerca de la primera línea debajo de un carro volcado.

—en estos días es cotidiano ver un hombre muerto tan muerto y triste como nadie lo quiera ver.

Me acerco. Voy a levantar la manita en que está envuelto y recuerdo... quedo paralizado. Quiero ver el rostro del cadáver, pero no me atrevo.

—¿En la primera línea de combate, dice usted?

—Sí, estaba debajo de un Datsun rojo.

Me apoyo en el muro de piedra del hospital y el chofer pregunta qué me sucede, pero enciendo un cigarro y tomo la punta de la menta. Siento húmedo el tejido y cuando miro la mano a la luz veo sangre.

—¿Cubano?

—Sí, era cubano... Mejor dicho, me parece que era cubano.

—¿Era militar?

—Bueno, anda con uniforme verdeolivo.

—¿Usted sabe si murió en combate?

—No, me parece que no. El carro estaba volcado. El estaba debajo del carro. Parece que se le abrió la puerta y se salió. La carretera y la cuneta estaban al mismo nivel, no había por qué volcarse, no sé... Pienso que a lo mejor no sabía manejar...

Doy media vuelta y salgo corriendo por dentro del hospital. Entro al cuarto donde está el médico y los otros sanitarios y me acerco a una cama.

—¡Oye, Filiberto, ven acá!

—¿Qué pasa? —dice medio dormido.

No respondo y voy corriendo hasta el portal. Me recuesto a una columna y fumo sin deseos. No tengo fuerzas para nada. Estoy en silencio y veo a otros sanitarios que suben a la rastro y colocan el cadáver sobre una camilla. La colcha lo cubre de pies a cabeza.

—tan alto y fuerte como mi hermano—, voy diciéndome al lado de la camilla. Las ruedecitas van chirriando por el peso.

—coño mi hermano—

Todos rodean al chofer. No hay nadie al lado del cadáver, que está en el corredor. El chofer hace el cuento de cómo lo encontró debajo del carro, aplastada la cabeza contra unas rocas.

—¿Cómo es el hombre? —pregunto sin voz—. ¿Cómo es su rostro?

—No lo sé, compañero.

—¿Cómo no lo va a saber! ¿No dice que usted mismo lo encontró?

—No lo sé, compañero... Está... Veánlo ustedes mismos.

Y volvemos rápido al cadáver. Busco una mano, con miras una sabré. Destapo la colcha allí y veo una mano grande, blanca y callosa de obrero. Tiene vellos largos y oscuros desde la muñeca. Recuerdo sin mucha precisión que los de mi hermano son así, pero ya estoy dudando... Toco la mano: está fría, mucho más fría de lo que cualquiera pueda imaginar. Tengo la impresión de que la he visto y estrechado infinitas veces y se ha estado otras muchas sobre mi espalda, y la he tomado cuando era pequeño para ir al cine.

No quiero ver el rostro..., pero quiero verlo. Quiero comprobar que no es él.

Filiberto no mira a nadie y levanta la colcha que cae a ambos lados, descubriendo un cuerpo enorme, ancho de tórax y piel blanca como la de mi hermano. Allí donde debe estar la cabeza hay un amasijo de sangre y huesos.

—¡Cono! —digo y salgo sin rumbo.

Alguien viene detrás de mí.

—¿Qué te pasa?

—Pregúntale al chofer que número tiene la chapilla de ese.

Se va corriendo y regresa al momento. Yo estoy agachado en el oscuro pasillo, recostado a la pared.

—Dice que no la encontró, dice que la buscó por todas partes, pero no la encontró. Parece que se le salió cuando el accidente.

—no puede ser no es él—, me digo y golpeo varias veces en la pared.

Vuelvo donde está el cadáver.

—cómo se parece a mi hermano a aquel hermano mío de mis cuatro sobrinos y una esposa buena a aquel a quienes los batistlanos torturaron y no le sacaron una palabra es absurdo que haya venido a morir así...—

Sin fuerzas, camino hacia una ventana. Miro los álamos del parquecito a los que la brisa mueve sus hojas. Un compañero se para a mi lado y habla. No quiero ver a nadie, deseo estar solo.

—no murió cuando podían haberlo asesinado y ahora está allí aquel día se lo llevaban en la persecuidora pateándolo pero la vieja no lloraba y tenía los brazos cruzados sería y lo cogieron por el cuello entonces le dieron en la cabeza con la ametralladora nosotros gritábamos y la vieja seguía sería apartándonos cuando empezó a ser contrarrevolucionario andaba siempre con gente rara diciendo que se la estaba jugando a toda hora entonces los amigos de verdad le dejaron de hablar decía él triste el primero de enero llegó a la casa muy

blanco de no coger sol en la cárcel aquella tarde él roberto alberto y yo nos tomamos una botella de ron para despedirlos y ellos no sabían que yo venía también nunca supo que yo estaba aquí y eso me duele porque dijo que a todos nos llegaba el momento y que habría para todos y las niñas se reían cuando se enteraron que el padre se iba y volvería pero yo sé cono que ellas no van a reír cuando se enteren una noche le quito dar la mano al viejo y el viejo lo botó de la casa y él hablaba y el viejo se quedó mirándolo serio él explicó que todo era por la revolución y se echó a llorar y se abrazaron soy revolucionario de verdad viejo había dicho y movía sus manos como ahora que me iba para la escuela al campo y me tiró una revista y dijo vuelve hecho un hombre de cortar caña mueve esa mano...—

—¡Oye! ¡Oye, Rodolfo! ¿Qué te pasa? ¡Rodolfo!

—¡Carajo! —lloro. Salto por la ventana hacia el portal.

—¡Qué alegría me da verte! —dice—. Estoy aquí desde por la madrugada y no te había visto...

—¡Mira! —exclamó.

—... Estabas ahí en la ventana, te llamaba y no me veías. ¿Qué sabes de la casa, de los viejos, de mis hijos?

—¡Carajo! —lloró.

—Dame las cartas, déjame leer tus cartas... ¿Oye, por qué coño tú lloras?

—Espérate, déjame verte —lo contemplo un momento y lo halo por la mano. Él se realiste preguntándome por todos y pidiendo las cartas. Yo continué halándolo, halándolo hacia el corredor...

Huila, abril de 1976

ESPERO NOTICIAS TUYAS

A Mary

He recibido sesenta cartas menos la tuya, María.

Hace más de dos meses espero noticias de la casa. Unas veces le echo la culpa al correo y otras veces a los que me deben escribir. Pienso que hay retraso en la correspondencia a causa de nuestro movimiento constante en el territorio; también imagino que ha ocurrido un desastre y nadie me lo quiera comunicar. No sé cómo transcurre la vida allí y siento nostalgia por todo lo que vive y ha conocido; tal parece que se hubieran olvidado de uno.

A otros les llegan cartas a menudo y yo recibo bullos de sopetón, pero muy espaciados.

Camino mucho por cada uno de los sitios a donde voy, buscando tal vez algo que me falta, pero únicamente siento el apoyo de mis compañeros.

He escrito a muchas diciendo que no necesito cartas de nadie porque en definitiva no puedo andar con sentimentalismos; tengo que ser fuerte. Son unos despreocupados y sería mejor no inquietarse por mí, pero cada día llegan cartas y como no recibo las mías decido escribir con más rabia.

Cuando anochece tengo pesar por los que mueren o pierden una pierna o un brazo y deben volver sin haber cumplido esta misión. Veo a los muertos y siento pena por ellos, por los que se quedaron allí es-

cribiendo cartas que ya nadie leerá. Hay noches que quisiera haber muerto; mas, cuando me levanto preguntándome si aún estoy vivo, me siento satisfecho o contento o simplemente convencido de que aún no me ha llegado el momento: todavía algo escuchando el silbido de los proyectiles. La bala que nos entra en el cuerpo es la única que no olmos.

María, siento mucho que haya sucedido todo eso. No fue culpa de nadie, ni mía, ni tuya... Creo que de las circunstancias.

Tus gestos se me dispersan entre las compañeras que trabajan junto a nosotros. Tu sonrisa está en el rostro de una excesivamente alta; ese lindo movimiento de tus manos largas lo pude ver en otra de hablar sossegado, como tú lo hacías por teléfono, y la ira de la estomatóloga cuando algo se hace mal es la misma que mostraste el día de mi equivocación telefónica al marcar el número del hospital pensando que era el de un amigo. Tú estabas atareada, según me dijiste. Preguntaste que a quién yo quería y respondí que si era posible, a ti. «Déjate de juegos porque estoy apurada y tengo que entrar al salón de operaciones», dijiste y yo dejé de bromear. Comprendí lo cerca que andabas de la vida y te lo dije. Quedaste callada, escuché un suspiro y luego preguntaste quién era. Te mentí aquella vez porque pensé que te estuvieras burlando de mí. Por eso te dije que yo era un hombre de cuarenta años, soltero y deseoso de contraer matrimonio con una mujer trabajadora; que me estaba predestinado encontrar una joven como tú, sería, cumplidora de los deberes.

Pensé que fueras gorda, vieja y fea, pero tu voz era tan linda... Y me di cuenta que sería bueno conocerte. Entonces te hablé de la necesidad de tener hijos con una mujer sensata, y contestaste que no eras sensata y mucho menos una mujer para tener hijos por el momento, porque habías vivido poco, muy poco. Insistí

en concierto, arriesgándome a verte como habías imaginado que eras.

¿Te acuerdas que nos citamos para las tres de la tarde frente al hospital, a la salida de tu turno? Te había dicho que iría vestido con una camisa verde, pero me puse un pulóver blanco y me paré en el bar que está a un lado. Ustedes iban saliendo y le pregunté a una conocida quién era una enfermera que trabajaba en el quirófano y hablaba como tú. La muchacha respondió que te llamaban María y eras rubia, de ojos verdes y delgada.

Me acerqué, iba con otras compañeras y mirabas a todas partes, buscando quizás a un hombre de cuarenta años que vestía una camisa verde. Pedí permiso a las que te acompañaban y te dije: «Yo soy el hombre de la camisa verde y tengo cuarenta años.» Tú te echaste a reír, mirándome mucho sin hablar. Te pregunté si veías lindo el cielo y afirmaste con un movimiento de cabeza y tus ojos cerrados, riendo suavemente.

Tus amigas nos observaron y no dijeron ni hasta luego.

Tomé tu brazo para bajar la acera y atravesamos la calle. Entonces procuré hacerte ver que era un tipo muy agudo para que me admiraras, pero me dijiste que estabas cansadísima. Entonces cambié el tema. Hablaste de muchas cosas del salón de operaciones, sin una lágrima, y de la muerte de una niña que un automóvil había golpeado. Te pregunté si te dolía y respondiste que al principio de ser enfermera te habías puesto triste... De eso hacía mucho tiempo.

Pediste que no llegara a donde vivías y nos detuvimos en una esquina. Me mirabas mucho diciéndome lo sinvergüenza que había sido por engañarte y eso no debía hacerlo con nadie porque es jugar con los sentimientos ajenos. Fue cuando bajé la cabeza, aunque no estaba apenado, y me tocaste el rostro, diciendo lo lindo que te parecía. Entonces te tomé una

mano, la apreté y susurraste que estabas cansadísima, para decir también «hasta luego», bajito, y verte desaparecer tras unos automóviles.

Así me disparé hacia el trabajo, saltando, casi corriendo, inflado de orgullo porque presentía que nos habíamos conquistado y me habías dicho eso por no sé qué cosa, pero nunca por cortesía.

Desde aquel día te encontré siempre en cada esquina. Yo no te había dicho dónde trabajabas, y no fue porque no quisiera o tú no estuvieras interesada, sino que estuvimos de acuerdo en que eso era innecesario. Hablamos de romper el formulario ese de intercambiar direcciones o hablar de las familias hasta ver si nos amábamos.

Nos esperábamos en cualquier sitio para ir al cine o a un parque y volvíamos lentos en la noche, pegados, besándonos, para despedirnos así a medianoche de cuadra o en otro lugar. Yo insistiendo en saber dónde estaba tu casa y tu recordándome lo del trato, y de esa manera estábamos mucho rato enamorando. Te daba un beso en la frente para verte andar delgada entre las columnas y los árboles, y te perdías en la noche.

Un sábado de frío te dije para vernos a las ocho de la noche en el parquecito que está en la esquina de mi casa, pero tú desconocías eso porque yo estaba cumpliendo el acuerdo, aunque quería llevarte ante mi madre y pensaba en la sorpresa.

Sin verte el rostro contentaste con palabras tristes acerca de cosas que no entendí muy bien, pero eran de tu familia, de tu madre. Había quedado sola contigo, pequeña todavía, y tu padre con otra sin saber nunca a dónde había ido él.

«Parece una película o una novela eso de tu vida», respondí como en broma porque noté en tu voz un cambio y me pediste que nunca me fuera de tu lado. Entonces me eché a reír, jugando un poco a que era verdad que ías para Angola, y murmuraste casi llo-

rando: «No digas eso ni jugando, por favor.» Fue cuando supe cuánto habías sufrido y no quise herirte haciendo preguntas.

Pero no sabes que aquella sería nuestra última cita y ninguno de los dos lo sabía. Te necesitaba para siempre y me hiciste comprender que tú también me necesitabas. Así decidimos estar juntos por primera vez aquella noche y me senté en la sala de la casa a esperar que fueran las ocho para ir caminando hasta el parquecito, pero no sabes qué sucedió, María, y tal vez las circunstancias sean las culpables.

Aquí he pensado que todo se desvanecería a causa de la distancia y el tiempo, pero cada vez más compruebo que me sostengo por el recuerdo de algo, como les sucede a los que me rodean, impulsados por la última visión de los hijos, de la madre, de la novia, qué sé yo.

No recibo cartas de nadie de mi familia o de mis amistades desde hace más de dos meses para saber de ellos y conocer si te has preocupado por averiguar qué se ha hecho de mi existencia.

No quiero justificar nada porque creo, o mejor dicho, estoy seguro que esto no tiene justificación, ya que tú hubieras hecho lo mismo aunque te doliera.

He pensado infinidad de veces que tal vez tengas una mala opinión de mí y le digas a todas tus amigas que no fui lo que pensabas y te dejé por otra, o no quería continuar en las relaciones, o simplemente te había olvidado. Y no fue así.

Hablaste que no eras de mi pueblo, sino de otro más pequeño. Al contar lo de tu madre dijiste también lo que harías si yo me iba como tu padre. Te reproché esas palabras, pero insististe en irte lejos a donde yo no lo supiera nunca, y exclamé: «¡Qué sentimental está la niña, caramba!», bromeando así porque me fastidiaba oír en tu voz esas acusaciones por cosas que no había hecho yo, y pensé que estabas afectada por lo de tu casa.

Aquella noche, un cuarto de hora antes de la cita, tocaron a la puerta de mi casa y me entregaron un papel. «Cámbiate de ropa cuanto antes y lleva lo necesario», me dijeron. Fuera esperaba un carro con el motor en marcha. Entonces corrí al cuarto por otro pantalón y otra camisa, y al salir abrochándome el cinto besé a mi madre. Miré el parquecito y sus luces encendidas, alumbrando los álamos y los bancos fríos. Y no te vi, aunque me esperabas. Mientras, el reloj marcaba las ocho menos dos minutos. Yo, abrazando a mi madre y ella dándome consejos de que me cuidara y me bañara con agua caliente como lo hacía en la casa para evitar el asma.

Allí en la calle, el chofer hacía sonar el claxon, hasta que salí corriendo, secándome los ojos.

Estarás buscándome por las calles y en cada gesto de los que pasan a tu lado apareceré disperso, o tal vez ya no me busques, pero no sabes que espero noticias tuyas porque escribo cartas para ti que recibe un amigo y siempre contesta que no ha podido hallarte, aunque él continúa buscándote porque yo se lo pido.

¿Ya ves que si eran necesarias las direcciones? Ahora tú no sabes hacia dónde me fui aquella noche nuestra.

La temperatura era baja y estábamos abrigados, pero cuando descendimos del ómnibus comprendimos que era bien poco lo que nos habían contado sobre aquel lugar. El viento en contra dificultaba la respiración y el avance hacia el mirador. El guía caminaba rodeado por los combatientes y contaba:

—Los campesinos tienen miedo a este sitio —de un vuelo con la mano abarcó las inmensas rocas—. Cuando extravían una gallina o una vaca o un cabrito no se aventuran por aquí y la dan por perdido. ¡Y ustedes saben y han visto cómo ellos quieren a sus animales! Estas son las Ruinas de Tundavala.

Había rocas como edificios, de raras formas; parecía que un escultor hubiera trabajado en ellas y les hubiera hecho respirar una vida diferente. Algunas eran casas, otras eran monumentos erigidos a la naturaleza, dioses monolíticos esculpidos en rocas grises, brillantes a la opaca luz del sol. Cualquiera podía pararse delante de una de ellas y decir: «Esta es una catedral, esta otra una fuente, aquellas son columnas de un templo destruido, la de más allá un gigante convertido en piedra.»

Otra impresión era que había sido una ciudad antigua quemada por una explosión atómica, y allí adó estaban

las calles con las flores y los balcones en los edificios o las columnas y puertas.

—Desde hace miles de años el viento bate contra las rocas de origen volcánico —dijo el guía y señaló hacia el mirador—. Por allí entra el viento y les ha ido sacando fillos, les ha ido quitando grano a grano sus pedazos. Ahora el viento da contra ellas y silban. Escuchen.

El viento, arremolinándose en la planicie, levantaba un polvo amarillo que metía en nuestros ojos y ululaba entre las rocas. Era un canto agudo en multitud de sitios; en algunos era un lamento, en otros una amenaza; allí se quejaban, acá gemían.

—Estas son las Ruinas de Tundavala —dijo el guía—. Aquel es el Abismo de la Bibala.

Caminamos cogidos de las manos y medio agachados para que el viento no nos tumbara. Nos acercamos a la roca cortada a pico y pudimos ver las nubes allá abajo, lejanas, envueltas en una acerada niebla.

Solté una piedra hacia el abismo. Debi agarrarme bien para poder mirar hacia abajo. La piedra, varios minutos después, despertó un eco espasmódico. La cabeza me daba vueltas. Quería ver todo el valle, lanzar una mirada a aquel vasto horizonte, pero tenía miedo. La belleza del lugar nos había atrapado y lo insondable del abismo nos hacía retroceder.

Empuñé mi ametralladora y dejé ir una ráfaga corta que se multiplicó en miles de disparos, cada vez más apagados. Apreté nuevamente el disparador y una larga ráfaga se multiplicó otra vez en millones de sonidos.

—Los del FNLA amarraban a los revolucionarios y los lanzaban por aquí —dijo el guía señalando una garganta en la roca. Al asomarnos vimos el oscuro abismo—. Lanzaron a muchos, tratando en vano de romper su silencio.

Hulla, abril de 1978

LOS MUERTOS EN NOSOTROS

Al lado del río, y entre la niebla, están los montículos rodeados de hierba llena de escarba. Hace dos días cavamos las fosas a punta de bayoneta y sentimos más que nunca la necesidad de enredarnos con el enemigo.

No podemos irnos de este sitio. Debemos cuidar ese camión lleno de minas, granadas y proyectiles y medio hundido en la arena hasta que lo vengán a recoger. También hemos gastado la reserva de alimentos y sólo queda una lata de leche condensada y las papas medio podridas que los cocineros tiraron al levantar el campamento de la loma.

De cuando en cuando se oyen disparos de armas automáticas, pero nunca de AK y pensamos que sean de la UNITA. Por eso debemos tener cuidado al movernos.

La niebla se expande sobre las márgenes del río y apenas se ven los montículos. El viento arrastra la niebla y la va posando sobre la hierba. De allí abajo viene el rumor del agua y su olor, el aroma de las flores y la hierba, y la fetidez de los cadáveres.

Roberto permanece sentado con la cabeza entre las manos. Le he preguntado varias veces qué le suceda pero mueve su cabeza sin decir una palabra.

—Oye, deja esa cara...

Continúa en silencio, mirándose ahora, y hace un gesto. Me agacho a su lado. Tiene grandes ojeras como todos nosotros, pero en él están mezcladas con otra cosa.

—Tengo metida en la cabeza la voz del Chino. Oigo como canta o hace cuentos...

Me paro. Los otros compañeros pasan un cigarro de mano en mano. Me recuesto a la pared de la trinchera y digo:

—¿Se acuerdan cómo cantaba el Chino?

—Sí...

—¿Cómo se bailó, carajol —dice otro.

—Siempre se estaba riendo.

—¿Se acuerdan cómo cantaba?

Algunos aprueban sin mirarme.

—La ponía sentimiento, ¿verdad?

Miro a todas partes. Los montículos están medio borrados por la niebla que el viento trae hacia nosotros. Centenares de pájaros blancos salen de ella volando y remontan la colina.

—Siempre estaba haciendo bromas... —dice Roberto, que ahora está mirando hacia el río con la vista fija.

Los otros permanecen recostados a la pared de la trinchera.

—Antier mismo me dijo que iba a traer unas latas de sardina —dice otro.

—Antier mismo... —murmura Roberto con la vista fija hacia donde deben estar los montículos. La niebla los ha cubierto y apenas se ven unas lomitas sobre la tierra.

La bandada de pájaros blancos nos va pasando por encima casi sin hacer movimientos. Intento ver el río, pero la niebla lo impide. Es como una pared blanca que uno pudiera apartar con las manos.

—Terminábamos de trabajar y el Chino corría al comedor, volvía a la fábrica al momento y se ponía a jugar al ping-pong... —dice Roberto con la mirada

fija—. Siempre nos ganaba... Nos volvía locos con sus gritos y saltos... Jugaba bien —de repente salta señalando hacia el río—. ¡Allí!

—¿Qué fue? —pregunto.

—¡Mira! —continúa señalando.

—Oye, ¿qué te pasa? —veo sus ojos casi fuera de las órbitas.

Los demás están sobresaltados. Se ponen en pie.

—¡Allí hay alguien!

—Estás loco.

—Les digo que... hay alguien allá abajo...

La niebla ya empieza a invadir la trinchera.

—Casi no se puede ver —dice uno de espejuelos.

—¡Vi a alguien!... Era... ¡No, cono!

—No puede ser, los nuestros están a más de cuatro horas de camino —afirma el teniente.

—¡Les digo que lo vi!

Miramos pero ni siquiera se ven los árboles en las márgenes del río.

—Puede ser un campesino o un bandido —dice otro.

—¿No serán imaginaciones tuyas? —pregunto.

—Yo vi... ¡Yo lo vi!

—Bueno, demos un rodeo —ordena el teniente.

Salimos agachados por los extremos de la trinchera y bajamos al río. Casi arrastrándonos llegamos hasta el agua y avanzamos hacia los montículos. Algo resopla y corre. Enfilamos los cañones.

—¡Una gacela!

—¡No, era...! ¡No pueda ser, cono!

—¿Pero no viste? —dice un compañero—. Me parece que tienes miedo.

—¡Ah, no comas mierda!

—¿Pero quién tú te creas que eres? ¡Tienes miedo!

—¡Ya está bueno, cono!

El de espejuelos se acerca y dice:

—Es posible que temas, ¿por qué no?

Quedamos en silencio, mirando los montículos a nuestros pies entre la niebla.

—Ninguno de nosotros tiene miedo a la muerte porque la hemos visto muchas veces —señala el de espejuelos.

Volvemos a la trinchera y nos recostamos a sus paredes. Observo el rostro de Roberto. Está ensimismado, me parece que tiembla. Pongo una mano sobre su hombro y pregunto qué le sucede.

—Nada.

—Tienes algo.

Queda en silencio, me mira y vuelve su atención al río.

—Siempre se estaba riendo... Cuando jugaba al ajedrez se paraba y se sentaba mil veces; nos volvía locos...

—¿Quién, de quién hablas?

—Del Chino... Tenía un niño de tres años... Su risa. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo, me acuerdo... —miro adelante y arriba. El cielo es limpio y allá enfrente no se ve casi nada a unos metros. La niebla nos ha envuelto.

—El Flaco era distinto, era serio. Se preocupaba por los demás.

Observo a mi compañero que comienza a abrir la boca y señala.

—¡Míralo!

—¿Dónde? —pregunta otro a nuestro lado.

Busco insistentemente entre la niebla. Una figura allá abajo cobra tamaño y movimiento.

—¡Sí, hay alguien! —exclamo.

—¡Vamos a bajar!

Mientras voy caminando es como si la niebla se abriera y tengo la impresión de que no vamos a encontrar a nadie. Es como si me desinflara y no me quedara nada por dentro..., pero avanzamos hacia los montículos. Siento algo extraño, como miedo, pero de otro tipo. Los demás caminan igual que si estuvieran trabados.

—¡Ahí! —digo.

Algunos se lanzan al suelo, apuntando. El teniente corre un trecho a un lado y avanza rápido. Otros se arrastran. Yo cubro el movimiento de los demás compañeros.

—¡Aquí hay una mata! ¿Qué carajo les está pasando? —dice el teniente.

Caminamos presurosos y nos acercamos al río. De la tierra al lado del agua sale un fino tronco que es mecido por la brisa. Desenvaino la bayoneta y lo pico de un golpe. Nos miramos. Los montículos están ahí, helados. Quedamos en silencio, observándonos, y volvemos a la trinchera con las cabezas gachas.

—Ninguno de nosotros tiene miedo. Nuestro temor es otro —asegura el de espejuelos. Me vuelvo para verlo porque siempre hay firmeza en sus ademanes.

—¿De qué temor habla, profe?

—No es miedo a que nos metan un balazo, sino a no ser...

—No lo entiendo —dice uno. Los demás escuchamos.

—Es temor a no volver a ver a la gente que queremos... A que no nos vean nunca más...

Así hablamos del miedo y contamos varias anécdotas, pero no podemos dejar de hablar del Chino y del Flaco.

—Tú al conocías bien al Chino; era de tu pueblo —dice otro.

—Sí... —responde Roberto.

—Ya tú ves, si una cosa me duele es que el Flaco tenía tremendo enamoramiento con sus hijas.

—Sí, eso hace más doloroso todo esto —afirma el teniente.

Quedamos en silencio. Me siento. Algunas hormigas caminan en fila por la pared de tierra. Miro al cielo. Entre ellos y nosotros sólo hay una diferencia: ellos están muertos y nosotros, vivos. Pero todos estamos aferrados a la tierra.

Como ya empieza a oscurecer vamos para el camión y sacamos petróleo que regamos en varios árboles a

los que prendemos fuego. También hacemos una hoguera cerca de la trinchera para calentarnos. Si hubiéramos una sola delataríamos nuestra posición. El que hace la guardia se acomoda detrás de un tronco, fuera. Así esperamos un nuevo día y la posibilidad de que nos trasladen de aquí.

Apenas empieza a clarear y hacemos un recuento de las riactadas del Chino y de la preocupación del Flaco por los demás. Uno de los compañeros revuelve la leche condensada dentro de un contenedor de bengala y la va mezclando con agua. Los otros nos ponemos en pie y vemos que la niebla va cubriendo los troncos de los árboles. Todavía se ven los montículos.

—Cuando hablaba de sus dos hijos parecía que hablaba de dos hombres —digo.

—Y pensar que hace tres días conversamos con ellos —dice otro.

El viento trae de nuevo aroma, rumor y fatidez. La niebla se expande sobre las márgenes del río y cubre la orilla, cerca de las sepulturas. No podemos apartar la vista.

—Ahí vienen esos pájaros otra vez —dice Roberto.

La niebla se hace cada vez más densa y delante vuelan las aves. Remontan la colina y van pasando por encima de nuestras cabezas. De las sepulturas apenas se ven sombras en medio de la tierra helada.

—Antes discutí con el Chino; era por una bobbería —dice Roberto—. Ni me acuerdo por qué era...

Las aves vuelan silenciosas y la niebla cubre la tierra allá abajo. Ya no se ven las tumbas.

—¡Ahí vienen! —Roberto salta con los ojos inmensamente abiertos y lo aguantamos. Tiene ojos como de loco. Quiere salir de la trinchera y patear. Alguien levanta la cantimplora y la vacía sobre la cabeza del compañero. Él vuelve a mirar adelante y, triste, dice:

—Ellos están muertos... ¡Muertos, coño!

—No es cierto —dice el de espejuelos, señalando con el dedo recto hacia la espesa niebla—. Cuando

un hombre muera como han muerto ellos, continúa en circo —entonces nos mira y yo siento como si estuviera viendo los muertos en nosotros.

La niebla invade lenta y tenazmente la trinchera y nos envuelve durante horas. Hacia el mediodía comienza a disiparse y ya se pueden ver las sepulturas. Nos recostamos a las paredes de tierra sin hablar. Tengo la mirada baja y aunque no veo a mi compañero sé que ellos están ahí sentados, pensando...

Ya nos despediremos de ellos. Nos acercaremos a sus sepulturas y dispararemos ráfagas cerradas al cielo que retumbarán en la colina.

EL CERVATILLO

Me detuve al lado de un arbusto, con el fusil en las manos. La tensión de aquellos días había acrecentado en nosotros el sentido de advertir los movimientos, y apunté hacia las altas hierbas. Me preocupaba el peligro que podía representar algún rezagado o un desertor enemigo en la zona. De pronto, en un profundo silencio quedé electrizado, con los nervios en gran tensión; intuí un ser vivo próximo a mí. El pie izquierdo algo más avanzado que el derecho y el arma a la altura del estómago. Puse el índice en el gatillo y contuve la respiración. El rocío había mojado los bajos de mis pantalones...

Avanzábamos por regiones desoladas y agrestes hacia el Cunene, último refugio de los sudafricanos. El abastecimiento a las tropas no llegaba con la misma rapidez con que esta se movía en aquel inmenso territorio, donde los morterazos, las minas y el cañoneo habían derribado árboles y matado animales.

De cuando en cuando, sólo un ave de rapiña iba en picada allá lejos, apartada de la carretera y de nosotros, en busca de algún animal muerto por la metralla o un pequeño sobreviviente. Tal vez, por sobre la tie-

rra quemada y revuelta, ondulara una serpiente o un mínimo signo de vida.

Las tropas necesitaban carne fresca, de un animal como aquel que un momento antes palpitara y corriera con susto por entre los troncos derribados. Pero esa carne no se veía desde tres días antes, cuando habíamos salido de Huila. Allí desayunamos fuerte por última vez y luego siguieron jornadas de sardinas en latas.

Teníamos hambre y deseos de tomar agua corriente, que hiciera burbujas al chocar contra las piedras; agua que arrastrara hojas amarillas y que llevara ramas de árboles. Un agua así era de mejor sabor que la de los tanques y las cantimploras, pero no se veía por ningún sitio en cientos de kilómetros a la redonda, ni tampoco vibraba la carne fresca que deseábamos, aunque todos llevaran los fusiles dispuestos para matar el primer animal que nos saltara delante.

Teníamos que enfrentarnos al enemigo para terminar definitivamente la marcha continua, siempre adelante, en su busca; para poder sentarnos frente a una mesa con un plato y comer, con tenedores y cuchillos, una comida casera.

—¡Carajo! —dijo uno frente a mí y lanzó una lata de sardinas vacía a la carretera. Nos fuimos alejando del recipiente, que desparramó su grasa en el asfalto y volví la mirada hacia otro soldado, que tenía las dos manos sobre el vientre y los ojos cerrados; estaba serio, muy serio.

Ninguno de los que me rodeaba tenía buen semblante; yo mismo, pensativo, me aferraba al fusil y miraba los huecos en el terreno que iba quedando atrás. Algunas veces se presentaban pequeñas porciones de hierba que la metralla había respetado, y allí germinaba la vida, bella y eterna.

Los camiones se habían espaciado con el nacimiento del día, y la fila de vehículos se hacía interminable.

Correlamos a más de ochenta kilómetros por hora, el aire batiéndonos el pelo.

Nuestros ojos escrutaban el terreno y tocábamos las montañas perdidas en la bruma, en busca de un animal grande para dispararle. Estábamos cansados y hambrientos y nadie hablaba porque nos lo habíamos dicho todo o casi todo en el largo andar de aquellos días.

En algunos puntos de la carretera la neblina estaba espesa y en otros se había disipado. A los lados de la vía se podían ver enormes árboles o humildes casas criollas hechas astillas.

Nos detuvimos a un lado de la carretera para descansar, y los motores se apagaron. Nos lanzamos al asfalto con los fusiles en las manos.

Estábamos entumecidos por el frío y por las posiciones difíciles que debíamos adoptar encima de los camiones.

—¿Quieren café? —me brindó un compañero. Estaba frío y con sabor a agua de cantimplora.

—Gracias —dijo sin fuerzas y caminé hacia otro compañero.

Había un grupo hablando y señalé:

—No hay dónde amarrar la chiva —miré el terreno quemado. Sólo había un cayito de monte que reverdecía.

—¿Qué chiva? —preguntó un soldado. Nadie rió el chiste, ni quien lo dijo.

El cayito de monte tenía varios arbustos en pie, con la savia corriéndole por sus troncos. Más allá, un animal grande, muerto, con los huesos a medio pelar, sobresalía entre los abrojos chamuscados. El viento elevaba cenizas finas y las transportaba lejos. En el horizonte, las montañas medio grises o azules por la lejanía, encumbraban sus picos.

Me aparté de todos y caminé hacia un arbusto. Sentía la humedad del rocío mañanero en los bajos de mis pantalones. El fusil me colgaba del hombro derecho.

Los compañeros, sentados en el asfalto, hablaban en voz baja, pero aún haciéndolo en alta voz no se hubiera escuchado mucho porque a aquella hora de la mañana, con la neblina descansando en la hierba, se me antojaba de una soledad indescriptible.

Súbitamente presenti un movimiento entre los arbustos y la hierba, y apunté. Puse el índice en el gatillo y contuve la respiración. El pie izquierdo algo más avanzado que el derecho y el arma a la altura del estómago.

La hierba se abrió y apareció un cervatillo de color crema con manchas parduzcas en el lomo. Avanzaba lento hociqueando el suelo, sin mirar delante o a los lados. Se detuvo y escondió su hocico en la niebla rastrera. Las finas patas convergían hacia el centro y su cabeza podía adivinarse allí por el movimiento de la cornamenta incipiente y las orejas finas y altas.

Para todos fue una visión fantástica. Cambiaba el hocico lentamente, en busca de mejores hierbas.

Algunas, a mi espalda, dijo cualquier cosa. El cervatillo levantó la cabeza y puso rígidas las orejas. Se agazapó y quedó tenso. Nos miró con ojos brillantes y húmedos.

Ambos —él y yo— quedamos estáticos por unos segundos, hasta que giró rapidísimo sobre sí mismo y dando saltos enormes se perdió en la espesa niebla hacia las montañas.

Volvimos a los carros y continuamos hacia el frente. Íbamos contentos, cantando. La guerra no podía destruirlo todo.

Hulla, marzo de 1976

¡A COMPARTIRLO TODO!

Siempre faltaban latas de sardinas o de carne y eso nos mortificaba. Teníamos una cuota y no debíamos consumir más de lo normal. Naturalmente que había un margen para los posibles ingresos en el hospital, pero no era muy amplio. Por eso comenzamos a vigilar el almacén, como medida para que no ocurrieran otras pérdidas.

Unos dos meses antes de todo esto había llegado un sanitario angoleno que no sabía mucho, pero sí era un individuo sumamente decidido, capaz de manejar un tanque de guerra sin haberlo visto antes. Comenzó a inyectar de un modo muy práctico: se inyectaba a sí mismo. No sabía conducir, pero dijo que era chofer y se prendió del volante de la ambulancia; los primeros días decía que no conocía muy bien el mecanismo de aquel tipo de carro, y se hacía acompañar de un alumno de la Escuela de Conductores.

Después quise aprender a leer y escribir. Para mí era una satisfacción enseñarlo. Quería aprenderlo todo y rápido. Por las tardes, Pedro Simón cogía un lápiz y una libreta, iba donde nos encontrábamos Joao o yo y nos pedía que le enseñáramos algo. Aprendió el alfabeto portugués y comenzó a combinar las letras rápidamente. Lata con dificultad, pero eso no tenía importancia para él.

Un día encontró un manual titulado Socialismo y Revolución escrito en portugués y comenzó a estudiarlo. Yo entraba a su cuarto y lo encontraba con la libreta abierta, escribiendo en ella frases y palabras sacadas del manual. Sostenía acaloradas discusiones con João acerca del socialismo y el modo de proceder como socialistas.

Una tarde entré en la habitación y los escuché un momento. Pedro decía:

—Hay que compartir todo lo que tenemos, para hacer hicimos esta Revolución. Mucha gente no tiene nada y un poco de gente lo tiene todo. Yo no debo tener dos camisas si otro no tiene ninguna. Yo no me puedo comer una lata de sardinas todos los días si hay gente que pasa hambre. Las cosas que tenemos hay que compartirlas.

—Vocé fica maluco* —decía João y me miraba. Este otro sanitario tenía más experiencia que Pedro; era más conservador.

—Vocé fica maluco —decía João—. Mis camisas yo no las comparto con nadie. El que no tiene es porque no compró igual que yo, es porque no trabajó y audó como yo para después tener dos camisas.

—(Tú no eres revolucionario! Esto es socialismo para los pobres como tú y como yo, y he leído que en el socialismo las cosas son comunes para que todos las disfruten. En el socialismo las cosas se comparten.

Los dejé en esa discusión y salí hacia mi cuarto. Me pareció absurdo explicarles qué era el socialismo y pensé que la mejor enseñanza la tendrían con la experiencia diaria. Nosotros no cobrábamos las consultas y si teníamos el medicamento a mano se lo entregábamos al paciente. El pueblo tenía confianza en nuestra labor y cada día se veían caras nuevas. La gente, agradecida, volvía por allí. Continuamente crecían las amistades. Cuando Pedro y João tuvieron que

* Usted está loco. (Voz portuguesa)

enfrentar el socialismo y sentirlo como experiencia propia sabrían qué cosa era. Una explicación para ellos hubiera sido en aquel momento contradecirlos a los dos, y darles la razón a los dos.

La tarde de un sábado vi a Pedro caminar por el pasillo del hospital con un paquete bajo el brazo. Iba muy bien vestido y sonreía.

—¿Vas a ver a una muchachita?

—Sí, voy al barrio de la Luz.

—Llevas un regalo de novio, ¿no es así?

—No, camarada Rodolfo, ellos no tienen azúcar y voy a regalarles un poco. No tienen azúcar para hacer el café —respondió Pedro con un tono de satisfacción que me dejó perplejo.

—Ven acá, Pedro, ¿de dónde sacaste ese azúcar?

—pregunté porque me pareció que había empezado a comprender cómo era que se perdían las latas de sardinas y de carnes.

—Yo fui allí... —y dejó las palabras flotando. Creo que había difateado una tempestad y trataba de alejarla.

—¿Adónde tú fuiste, Pedro?

—Allí... allí —dijo, señalando el almacén.

—Pedro, ¿cómo se te ocurre regalar el azúcar? —mi modo de hablar no era severo para que no se pusiera nervioso o tuviera miedo, y dijera todo lo que había hecho.

—Camarada Rodolfo, nosotros tenemos azúcar y esa gente no tiene ni un poquito para hacer el café —contestó mirando a otro lado, nunca a mis ojos. Había escondido el paquete como para que yo lo olvidara.

—¿Pero no te das cuenta que si regalas los alimentos después no tendremos ni para los enfermos? No podemos regalar lo que tenemos.

—Camarada Rodolfo, usted comprende... Nosotros tenemos mucha azúcar y ellos no tienen —insistí y entendí que su problema no era escuchar una explicación acerca del socialismo, sino llevarse el paquete.

—¿Alguien te dio permiso para regalar el azúcar?

—No, camarada Rodolfo.

—¿Tú eres dueño del azúcar?

—¿No, camarada Rodolfo.

—¿Por qué la regala, entonces?

—Camarada Rodolfo, nosotros tenemos mucha azúcar y nosotros somos socialistas.

—¿Y qué tiene que ver que nosotros tengamos azúcar y seamos socialistas? —aquello era como el juego del gato y el ratón. Quería cerciorarme de si era él quien se llevaba las latas.

—Sí, camarada Rodolfo, en el socialismo se comparte todo —respondió muy decidido y me miró a los ojos.

—No, Pedro, estás equivocado. Si tenemos latas de sardinas y tenemos azúcar no se la podemos regalar a la gente —el sanitario no levantó la cabeza para protestar; había aceptado lo de las latas de sardinas y de carne—. ¿Así que fúlate tú el que se llevó unas latas, eh?

—Ellos tienen hambre y nosotros tenemos comida —había vuelto a bajar los ojos.

—Mira, Pedro, que eso no vuelva a suceder. Esto es un hospital y debemos tener alimentos para los enfermos —le dije con voz fuerte y se sonrió. Había comprendido que podía llevarse el azúcar.

—Yo soy socialista, camarada Rodolfo —dijo muy seguro de sí mismo.

—Atiéndeme un momento, Pedro. Hay personas para distribuir esos artículos. No te metas en esos problemas.

El sanitario me miró extrañado. Después de mucho titubear se decidió y dijo:

—Camarada Rodolfo, ¿usted es socialista?

—¿Cómo no voy a ser socialista, Pedro! ¿Qué hago en Angola si no es porque soy socialista?

Se llevó la mano a la cabeza y se rascó en varias direcciones. Parecía tener un volcán de ideas donde se rascaba.

—No, usted no es socialista...

—¿Por qué tú piensas eso, Pedro?

—Los socialistas comparten las cosas entre los pobres; usted piensa como los colonos y los colonos son imperialistas.

—No, Pedro, estás equivocado. Yo soy socialista y no soy capitalista... Yo no soy como los colonos. Para entender el socialismo hay que estudiar mucho... Llévate el azúcar, anda.

—¿El camarada Rodolfo leyó el librito? —seguramente no había escuchado mis palabras, y me preguntó con tono triunfante.

—Leí el librito ese y muchos otros libros; vivo en un país socialista y soy socialista. Ahora estoy aquí porque soy socialista. ¡Llévate el azúcar, anda!

—Camarada Rodolfo, yo no comprendo —y en aquel momento me sentí el ser más desvalido de la tierra.

—Corre a llevar el azúcar y vuelve rápido para que aprendas a leer y escribir bien. ¡Eso es lo que tú necesitas!

Salí corriendo por el pasillo y avancé tras unos árboles.

Nunca más se perdieron latas de sardinas y Pedro aprendió a leer y escribir correctamente. Ahora le escribe a la madre casi todas las semanas, pero no sé de qué manera se las arreglarán en su casa para leer las cartas.

Lobito, noviembre de 1976

Un disparo nos despertó.

Cambiamos rápidamente de posición para conocer dónde se encontraba el enemigo. Alguien dijo que no era de AK ni de G3. Se corrió la voz de que debíamos alejarnos de nuestros sitios pero ya todos estábamos retrocediendo, agachados, en silencio.

Ibamos en pequeños grupos, olvidados del tremendo frío de la madrugada, tropezando con los troncos y enredándonos en los bajucos y en los yerbazaes. El que iba delante de mí estiró una mano hacia atrás y di contra él:

—¿Qué pasa? —pregunté en voz casi inaudible.

—Escuchen.

Los tres nos agachamos. Sólo se oía el chasquido de las ramitas al partirse. Dejé de respirar pero los latidos del corazón me ensordecían. Me limpié el sudor de las manos en el pantalón y empuñé el fusil lo más firme que pude.

—No te alejes que no te veo —dijo el que venía detrás de mí.

—Sí.

Y así estuvimos esperando otros disparos o movimientos.

—Alguien está herido —dijo uno de los compañeros—. Escuchen.

Nuevamente el silencio, el chirrido de los grillos y el lejano canto de una lechuza nos sobrecogió. Habíamos empezado a sentir otra vez las punzadas del frío y sólo uno de nosotros traía la capa porque la tenía atada al cuello.

—¿Oyeron?

Y escuchamos a intervalos unas quejidas levas a nuestras espaldas.

—Alguien está herido. Tenemos que coger al hijo-eputa que disparó.

—No hables tan alto —dijo el de atrás—. Vamos a ahorrarnos en ahánico.

Continuamos tropezando con los troncos y cuando miré hacia atrás sólo vi la oscuridad impenetrable. Entonces silbé y recibí respuesta de la derecha y de la izquierda. Nos reunimos por la dirección de los silbidos y quedamos en silencio, escuchando.

—Vamos a ver qué pasó.

Al regreso cal y debí apurarme pues sólo podíamos caminar unidos por las manos o de lo contrario nos perdíamos en la oscuridad.

Nuestro campamento, improvisado bajo un corpulento árbol, estaba iluminado por una linterna que metía su débil luz en la hierba. Allí estaban los demás compañeros.

—Cojan las capas para que no se vea la luz.

Agachado y tanteando el suelo encontré una y barrí de un manotazo la escarcha amontonada encima. Las brazas, alrededor de las que dormíamos, estaban casi apagadas y apenas daban calor.

Volví al grupo y extendí la capa, que unida con otras formaron un círculo. Dentro se quedó el médico junto al herido, y al proyectar el rayo de luz vi que era el político de nuestro batallón, el que siempre andaba bromeando y recitando poesías a su mujer. Decía que era de Las Villas y que tenía varios hijos.

—¿Qué dicen los de la guardia? —pregunté a uno a mi lado.

—No saben nada —respondió el teniente.

—¿No vieron a nadie?

—No.

El médico rompió el pantalón del político a la altura del muslo izquierdo y quedó paralizado un momento. Luego dijo que trajeran una mochilita de primeros auxilios.

—Fue un tiro escapado, no tiene otra explicación.

Estuvimos en silencio, mirando los movimientos del médico en medio del círculo. Ponía un tapón de gasa y detenía la sangre un momento, se empapaba y debía cambiarlo. Cuando quitaba el tapón se veía la sangre saliendo a intervalos, impetuosos.

—La femoral... —susurró el médico.

—Hay que coger al hijoputa que disparó —dijo uno de los compañeros.

—No hables tan alto, cono —dijo otro.

—¿Para qué tanto cuidado ahora?

—No discutamos, no discutamos... Acuérdense que el enemigo está cerca y no podemos echar a perder la operación —dijo el político en el suelo.

—Tienes razón, no podemos fallar —afirmó el teniente.

Cerramos el círculo un poco más y nos inclinamos. Dentro, el médico cambiaba los tapones de gasa y observaba el rostro del herido, que miraba adelante un poco asombrado.

—Médico, yo no soy bobo... —dijo el político.

—Cállate.

—Médico —repitió el político con voz firme— yo sé lo que le digo. Sé que me voy a morir...

—No hables, chico. Tranquilo ahí.

El círculo de luz alumbraba fijamente el pausado movimiento de las manos del médico y dejaba ver el rostro del político, que cerraba y abría sus ojos, ensanchaba el tórax y volvía a quedar relajado, para tomar aire otra vez. El médico ensayaba a poner un torniquete pero cada vez se resentaba porque el orificio de

entrada de la bala estaba muy alto: el proyectil había atravesado los testículos y penetrado en la parte interna del muslo.

—Compañeros, me voy a morir...

—¡No, cono, no es verdad!

—Sí, yo sé que me voy a morir... Ustedes lo saben también...

—Cállate, por favor —dijo uno y vi que había empezado a llorar.

—Tengo hijos... Son chiquitos y no entienden esto... Yo quiero que le cuenten a mi familia...

—No hables. Estás perdiendo fuerzas —dijo el médico.

Yo también había empezado a llorar.

—Vamos a sacarlo de aquí —dijo otro compañero.

—¿Para dónde? —respondió el teniente—. Hace una semana que estamos caminando; no tenemos un carro cerca. Es lo mismo...

—La operación no puede fallar... —dijo el político tratando de incorporarse.

—No te muevas —dijo el médico—. No debes moverte.

Llorábamos en silencio. Sentía en mis hombros los convulsos movimientos de los demás compañeros.

—Ustedes le cuentan a mi familia todo esto... —su voz ya no tenía la fuerza del principio—. Quiero que mi madre sepa cómo fue...

La luz de la linterna, iluminando el febril movimiento de las manos del médico, alumbraba nuestros rostros en semipenumbra y podía ver los brillantes ojos de los demás.

—Hoy me tocó a mí pero ustedes deben cuidarse... ¡Tienen que terminar la operación! Pasen por mi casa y hablen con la vieja, se lo cuentan todo... Le dicen que yo soy un comunista.

El político hablaba en susurros entrecortados y debíamos inclinarnos mucho más para poder escucharlo.

—Somos... internacionalistas... Somos... —cerró sus ojos y los abrió a medias.

La sangre casi había cesado de salir y el político quiso hablar pero no pudo. Apagamos la linterna y bajamos las capas.

FARRAS

Por esa época estarían floreciendo en Cuba el aguinaldo y la flor de pascua y cada uno de nosotros sentía muy dentro no estar con nuestros familiares para el fin de año.

Habíamos trabajado tenazmente y ya teníamos amigos que visitábamos. Entre esas amistades estaban Carlos y María que nos habían invitado a pasar las fiestas de Pascuas en sus respectivas casas. Por eso discutimos.

¿Pero cómo vamos a ir a esa fiesta? Allá no la celebramos y ellos pueden pensar que...

—¡Un momentol ¿Si vamos a la fiesta es para fiestar o para celebrar las Navidades?

—Es cierto, vamos a fiestar y a compartir con ellos, pero pueden pensar que estamos celebrando las Navidades y debe quedar bien claro que no es así.

—Entonces, si aceptamos las invitaciones, decimos que no es para celebrar las Navidades sino para... ¡No me hagas reír, chico!

Carlos insistió tanto y tantas vueltas dio por el hospital que terminamos por aceptar la invitación. Pero antes de salir esa noche dejamos el número de teléfono a los sanitarios angolanos para que nos localizaran si sucedía cualquier cosa.

Cuando llegamos la fiesta estaba por empezar y era de muchas personas, trajeadas todas y con olores a buenos perfumes. En el centro de un salón se alzaba una mesa adornada con un mantel de encajes y encima había jamón, queso amarillo y blanco, legumbres, frijoles, pastas, tunji, calulu,⁷⁰ vinos importados, cervezas, whisky, goma de mascar, pollos fritos, carnero, caramelos, langostas, cangrejos, uvas, manzanas...

—O día do nascimento do menino Jesus é sempre da mesma maneira, depois ficamos bêbados⁷¹ —dijo Carlos con la boca llena de carne y un vaso mediado de whisky.

Algunos bailaban valseas o tangos, otros conversaban de las mujeres y estas se contoneaban de un lado a otro, mirando a los hombres y riendo. Repartieron cervezas desde una cantinita y nos trajeron a nosotros, que observábamos desde un rincón.

La fiesta era a cada momento más ruidosa y se nutría con las parejas recién llegadas que dejaban sus autos abajo, enfrente de la casa. En la grabadora cantaba Nat King Cole: «... a tu lado yo no sé lo que me pasa...». Y conversamos de nuestras fiestas y recordamos a los familiares y amigos.

En eso Carlos pasó a nuestro lado. Tenía las manos brillantes de grasa y el vaso con whisky.

—A farra é boa⁷² —dijo.

—Sí, la fiesta está buena —aseguró mi compañero en voz casi inaudible.

Un poco más allá un joven barbudo y vestido totalmente de negro hablaba en alta voz y decía que él era apolítico.

⁷⁰ Comida criolla angolana preparada con hojas y bejucos de boniato, pescado y aceite de palma.

⁷¹ El día del nacimiento del niño Jesús es siempre de la misma manera, después quedamos borrachos.

⁷² La fiesta es buena. (Voz portuguesa.)

—En mi nace el mundo como nace en ti. Soy el centro del universo y todo gira en derredor. Lo mismo es uno que otro, al final la vida sigue su curso —decía y muchos lo escuchaban.

Un joven angolano se nos acercó para saludarnos.

—Vocês trabalham no hospital..., a casa de saúde?⁷³

—Sí, trabajamos en el hospital.

—Gostan da farra?⁷⁴

—Sí... —dijimos sin mucho entusiasmo.

—Eu não gosto da farra.⁷⁵

—¿Cómo es eso? Debe gustarte, tú eres joven.

—Não, camarada. Eu estou a recordar os irmãos mortos na luta. Eu vou-me...⁷⁶

Otro que estaba cerca interrumpió al primero:

—Eu também não danço e vou-me embora já. Não gosto das pessoas nesta farra. Estão malucos, malucos... Muito jantar, mas pouca cabeça⁷⁷ —dijo el joven y bajaron hablando por la escalera.

Nos quedamos solos en el rincón y vimos a Carlos parado sobre un cajón con una botella de whisky en las manos.

—Nesta farra brinca todo o mundo, e o outro é merda!⁷⁸

No habíamos llegado aún al fondo de nuestras botellas y mirábamos serios los trajines de hombres y mujeres.

⁷³ Ustedes trabajan en el... hospital. (Voz portuguesa.)

⁷⁴ ¿Les gusta la fiesta? (Voz portuguesa.)

⁷⁵ No me gusta la fiesta. (Voz portuguesa.)

⁷⁶ No, compañero. Me acuerdo de los hermanos muertos en combate. Me voy... (Voz portuguesa.)

⁷⁷ Yo tampoco bailo y me voy ya. No me gustan las personas que están en esta fiesta. Están locos, locos... Mucha comida, pero poca cabeza. (Voz portuguesa.)

⁷⁸ En esta fiesta bromas todo el mundo y la otra es mierda. (Voz portuguesa.)

—Si malo es dejar que penetren en tu mundo peor aun es meterse en el mundo ajeno —daca el joven vestido de negro con los ojos hacia el techo.

La pista de baile, improvisada en una terraza semi-oculta, apretaba a la mayoría de los participantes y cuando había un acorde musical el grupo entero hacía un movimiento a un lado como si estuviera unido por aladuras invisibles. Saltaban y gritaban histéricamente, cayendo al suelo para levantarse y hacer rítmicos movimientos que denotaban el sabor de la danza africana mezclada con bailes europeos.

—Estoy vivo ahora y eso es importante. Cada segundo que transcurre es un segundo de mi existencia que me abandona. La existencia del ser es única y vivirla con intensidad es lo fundamental. Mañana puedo estar muerto y será pasar a otro estado, de ahí que sólo debo ocuparme de mis problemas, de mis dificultades personales.

Nos habíamos acercado al joven y vimos cómo los que lo rodeaban seentaban seriamente y hablaban en voz baja.

—¿Vamos a discutir con él? —dijo mi compañero—. ¿Vamos a rebatir esos puntos de vista?

—Si discutes con él entenderá que lo tienes en cuenta —dijo.

—No creo que sea tan inteligente como para esas sutilezas.

—No lo subestimes.

—Es que está envenenando a los demás —replicó—. Todo lo que dice es falso, pura mentira. Es un individualista. ¿Cómo vivirá su vida? ¿La vivirá de verdad como dice, con intensidad? ¿A lo mejor su trabajo ni se sabe divertir de verdad, qué tanta cosa?

—No te exaltes.

—Está bien, ¿pero nos metemos en la discusión o no?

—Si tú quieres métele, yo no me meto. Yo no vine aquí a discutir con nadie.

Allá en la pista el grupo entusiasmado saltaba con botellas y vasos en las manos. Y las melenas masculinas y femeninas flotaban y caían y se elevaban frenéticamente.

—¿Qué carajo hacemos aquí? —dijo el otro.

Dejamos las botellas vacías sobre una repisa y salimos a la calle sin que nadie lo notara. Montamos en el carro y fuimos para el hospital.

—Todavía es temprano —dijo el otro compañero mirando su reloj.

—Le rumbo materia la noche en el hospital con las listas que hay por ahí —razoné.

—¿Dónde estarán los sanitarios angolanos?

—Voy a ver —dijo y caminé por el pasillo. Regresé a la habitación—. Los sanitarios angolanos están estudiando en su cuarto.

—¿Qué te parece si vamos a casa de María?

—Ya es tarde.

—¿Cómo tarde? Ella dijo que fuéramos.

—Verdad, ella también nos invitó.

—Buena, ¿vamos a casa de María?

—Arriba —dijo y fuimos hasta el carro. Tres cuadras más allá parquemos ante una casa sin portal. Dentro se oía el alegre repicar de los tambores. Entramos.

—Eh, chegarão os médicos cubanos!

Todos reían. Pasaban de boca en boca una botella sin etiqueta que contenía un líquido transparente. Tenían las camisas abiertas y sudaban muchísimo. Algunos hombres vestían con ahoros o se habían subido las patas de los pantalones hasta las rodillas. Dos ya estaban borrachos y discutían en su dialecto.

* (Eh, llegarán los médicos cubanos! (Voz portuguesa.)

El toque ascendía rítmico, modulado, acariciador, y era como salir tras una conga cubana. Sentíamos el toque de los cuerpos en nuestros vientres. Contorsionaban sus cuerpos a una y otro lado sin orden, luego se comprendía que el ritmo les llegaba y ellos sólo dejaban ir los músculos en un vaivén constante.

—¡Joa! —María llamó a uno de sus hijos—. ¡Vá a comprar una garrafa de Ron Cincuenta y cuatro!*

El niño tomó el billete que le entregó la madre y se perdió en la oscuridad.

—Váale más gasta de guiqua, pá* —dijo uno de los tocadores.

—Si así gusta la guiqua. ¿Cómo no? —respondimos.

—A guiqua o loria**

—No importa.

Nos empujamos la botella sin etiqueta y nos estallaron lágrimas. Todos intentaban darse codazos y nos miraban los rostros.

¡Aaah! ¡Aah! ¡Aaah! —se escuchaba un murmullo y el repicar de los cuerpos—. ¡Tam! ¡Tam! ¡Pock! ¡Pock! ¡Tam! ¡Tam! ¡Tam! El toque crecía desahogado, frenético. Anunciaban la guerra, iban al encuentro del enemigo, combatían y lo vencían. Luego volvían victoriosos y el toque ya no era bélico sino envolvente, como si invitara a participar del triunfo. Entonces tornaba a ser amoroso, y luego era bélico y cariñoso lento y rápido.

Los ritos continuaban y pensé que era de sueño, pero miré a mi compañero y noté una masa arrinconada con un radio viejo y un poco de fusil filo encima. Una mirada entre ambos bastó para comunicarnos la idea.

—María, vamos al hospital.

* Ve y compra una botella de Ron Cincuenta y cuatro.

** A ustedes no les gusta la guiqua. (Ver portugués.)

* La guiqua es fuerte. (Ver portugués.)

—Eh, os médicos estão a dizer que vão embora! Não, vocês não podem ir embora!

—Volvamos ahora mismo, María.

—Eh, estão a dizer que voltam agora mesmo, mas vocês chegarão agora mesmo! Vocês estão malucos...*

Y un grupo enorme de hombres y mujeres y niños nos rodearon. No nos dejaban caminar.

—El hospital queda cerca. Si no volvemos van a buscarnos.

—Cubanos, vocês estão a ficar malucos!

—No estamos locos. Volvemos ahora mismo.

Al fin nos desprendimos del grupo y montamos en el carro. Llegamos al hospital y fuimos corriendo a nuestras mochilas. Sacamos varias latas de nuestras reservas de alimentos.

—Si pasa algo no tendremos comida.

—Sí... no va a haber más guerra.

—Pero nos pueden llamar la atención por esto. No debemos tocar la reserva —dijo.

—¿Tienes miedo?

—No.

—Vamos, entonces.

Volvimos al carro y emprendimos la marcha. Todos esperaban fuera, en silencio. María tenía la botella de «Ron 54» en sus manos. Mi compañero la abrió y bebió, después bebió yo. Era tan fuerte como la guiqua. Entramos a la casa en medio de una gritaría ensordecedora y pusimos un saco en el suelo.

María se agachó, revisó el contenido y comenzó a llorar. Nos abrazó y dijo:

* Los médicos cubanos están diciendo que se van! (Ustedes os se pueden ir!) (Ver portugués.)

** (Eh, están diciendo que vuelven ahora mismo, pero ustedes llegarán ahora mismo! Ustedes están locos... (Ver portugués.)

* Ustedes se están quedando locos... (Ver portugués.)

—Filhos meus.¹¹

Entonces el rítmico toque de los tambores comenzó otra vez y ya no sólo era guerra y amor, también se escuchaba el canto a la juventud, el triunfo total, a la vida entera. Era como estar en casa.

Esa noche dejamos el carro frente a la casa de María y volvimos a pie al hospital.

Lebita, diciembre de 1976

¹¹ Filhos meus [Voz portuguesa]

UN HUECO PROFUNDO EN EL PATIO

Al político Jesús Torres

No estábamos aliados pero casi diariamente caían cuatro o cinco morterazos sobre el pueblito que cuidábamos, y éramos sólo veinte soldados en aquella guarnición.

Unas cincuenta casas componían el pueblo, que se extendía a lo largo de un arroyo. La mayor parte de las casas, en las que vivían angoleños y portugueses, eran de altos caballetes y de tejas acanaladas con jardines en el frente. Nosotros vivíamos en una barraca y hacíamos guardia en diversos puntos para evitar que el enemigo nos sorprendiera.

La comunicación con el resto de nuestros compañeros era difícil a causa de las emboscadas, y los alimentos empezaban a escasear. En medio de esa situación, haciendo una sola comida al día, se perdieron dos latas de leche condensada y el jefe dijo que parecía mentira estuviera sucediendo eso. De los que vivían en el pueblo no sospechábamos porque no los dejábamos pasar al campamento como medida de protección. Pero, a pesar de la vigilancia, una mañana el cocinero gritó: —¡Alguien se llevó otra más y ya está bueno!—. Los demás nos sentimos mal y determinamos reunirnos esa tarde en el albergue.

—El que las cogió tiene poca madurez política y le falta sentido colectivo —dijo el político y nos miró a cada uno. Algunos replicamos que no nos mirara de

aquella manera porque no habíamos sido. «¡El que se las tomó es un cascaca, un egoísta y un mierda!», dijo la mayoría.

Nos observamos en silencio y esto provocó una reacción tremenda: empezaron las discusiones y especulaciones acerca de quién podía haber sido; nos echábamos la culpa unos a otros. Había comenzado un clima de desconfianza que debía terminar.

—Yo sé quién fue —dijo Roberto y dio varios pasos hasta ponerse en medio del grupo. Presenit que lo decía con el ánimo de aliviar la situación—. Hay que terminar con esto.

—Tienes que decirlo —dijo uno, parado.

—Seguro que él no lo va a hacer más —replicó Roberto.

Estábamos atados y nos mirábamos abiertamente a los rostros. Uno de los soldados, probablemente el de más edad, fumaba sin inmutarse. Otro daba golpecitos con los dedos en una litera y los demás, sentados o parados, movíamos las manos o teníamos los brazos cruzados.

—Están encubriendo a un indisciplinado —dijo el político al que no quería hablar.

—Es que no tiene experiencia de estas cosas... Vamos a perdonárselo.

—¿Tú sabes cómo se clasifica lo que hizo ese compañero? —dijo el político.

—¡Eso es rebel —exclamó otro.

—Compañero —el político se dirigió a Roberto—, el asunto no es que no oja nada más, sino que debe conocerse quién fue, porque alguien fue! Ahora desconfiamos unos de otros.

—Es que él está escuchando la discusión y ahora comprenderá el alcance de lo que hizo —explicó Roberto en tono apaciguador.

—¡Déjate de teques educativos y acábal —casi le gritó encima.

Había uno acostado en su litera con las piernas colgando y mirando al techo. Otro daba paseitos y taconeaba fuerte, y otro soldado, a quien le decían Rubio, estaba algo apartado y tenía su rostro entre las manos.

—¿Sabes qué pena tiene el que roba en tiempo de guerra? —preguntó el político—. Tiene la pena máxima, ¡pero si además de eso lo que se roba es la comida del colectivo, mucho peor, y tú lo estás encubriendo!

—¡Dí quién se la llevó, coño! —gritó al que habla—. No me hagas pensar que te estás escuchando con el cuento de que sabes quién fue.

—Sí, chico, dílo de una vez —otro compañero de espaldas se acercó pausadamente al que no quería hablar y pasó un brazo sobre sus hombros.

Roberto miró los rostros de los que lo rodeábamos. A mi lado uno se limpiaba las uñas y miraba con aire ausente por una ventana, otros teníamos los rostros endurecidos y los ojos clavados en Roberto. Casi todos fumábamos con rabia.

Fuera el silencio era mayor. La noche se acercaba y nuestras medidas de seguridad no estaban dispuestas. Debíamos andar rápido en la solución del problema.

—¡Qué carajo, es él! —dijo Roberto, señalando al Rubio.

Era el mismo que había demostrado no tener miedo a nada en dos acciones combativas, sin embargo, para todos fue anónimo que esa misma mañana se negara a formar parte del grupo que iría a buscar alimentos al otro día, atravesando un sitio infectado de bandidos y era casi seguro una emboscada. El compañero se negó de una manera lastimosa, aparentando no tener miedo, pero le llamamos de cobarde. El no dijo nada y desde aquel momento se apartó algo más.

—Yo no fui... —negó con poca fuerza.

—Ayer por la noche te vi allí atrá botando la lata vacía para el yerbazal... ¿Quieres que te la traiga?

—Yo no...

—¿Cómo van a decirme eso? —Roberto se acercó, señalándolo—. ¡Tú fulate! ¡Acéptalo, autocríticatel! Tú sabes que nadie más se la llevó porque tú la cogiste, ¡y seguro que cogiste las otras!

—Mentira —dijo sin convicción, desviando la mirada.

Entonces recordé que hacía como diez días, cuando viajábamos en un camión, el Rubio abrió una lata grande de sardinas, se comió dos pedacitos y boid el resto para la carretera. Todos, hambrientos, lo miramos con deseos de lanzarlo junto con la lata, y él siguió guardado en su capa nueva donde cabían otras más, pero iba solo.

—¡La robaste tú!

—No es cierto.

—¡No me digas mentiroso, carajol!

Algunos se lanzaron a los brazos de Roberto. Respiraba signosamente, intentando desprenderse. El otro, con orgullo estúpido, se erguía delante del que lo acusaba.

—Déjame tranquilo!

—¡Te la tomaste tú y eres un egoísta! ¡No eres compañero de nadie!

—Bueno, basta —el político intervino—. Estas discusiones no van a ninguna parte. Ya tendremos tiempo de ver cómo solucionamos esto.

Yo di media vuelta y salí de la barraca, otros hicieron lo mismo. Fui a sentarme sobre una piedra en el patio y miré al cielo. Las estrellas brillaban de una manera distinta. Allá dentro la luz amarilla de los bombillos me dejaba ver a algunos de los compañeros trabajando en sus mochilas y preparando las camas. Cuando fumé dos cigarrillos me levanté, fui a orinar a la letrina y llegué hasta la puerta sin hacer ruido. Allí me paré. No quería hablar con nadie de lo que había sucedido.

El Rubio continuaba en la misma posición: con el rostro entre las manos. Roberto, a cuatro camas de distancia, registraba en su mochila y trataba de no mirar al que tenía delante, pero alzaba la cabeza y la volvía a bajar. Fuera, los demás se concentraban para distribuir las guardias. El Rubio miró su fusil recostado a la pared y tuvo la certeza de que iba a hacer algo, pero pensó que eran estupideces más. Yo continuaba observando los movimientos de la gente y encendí un cigarrillo. Nos llamaron y Roberto dijo que ya iba, asomándose por la ventana. Luego volvió a la mochila.

Fue un movimiento rapidísimo: el Rubio se abalanzó a su fusil y Roberto tiró la mochila y cogió el suyo, lo cargó y apuntó hacia la otra cama, pero el Rubio anduvo mucho más rápido; apoyó la culata en el suelo, se llevó el cañón a la garganta y miró un instante al que lo había acusado. Apretó el disparador y vi cuando su cuerpo dio un salto hacia atrás. Yo corría. Los demás compañeros se acercaban. Roberto, arrodillado en el suelo, halaba desesperadamente la mano del otro y gritaba que corriéramos porque se había matado.

—¡Tengo la culpa! —decía.

Llegamos al lado de la cama, mudos, y miramos el cuerpo tirado de manera grotesca que empezaba a manar sangre abundantemente. Nadie sabía qué se debía hacer; unos proponían llevárselo para la comandancia, otros al puesto médico y la mayor parte decía que debía dársele los primeros auxilios allí mismo. Alguien del grupo señaló el techo y la pared salpicados de sesos, pelos y sangre. El cuerpo movía los pies como temblando. El compañero, arrodillado, halaba la mano del Rubio y vimos que tenía un huequito en la garganta y un boquete por encima de la frente.

—Se dio un tiro! ¡Yo vi cuando se dio el tiro! ¡Yo lo maté! —decía enloquecido—. ¡La culpa fue mía!

Los soldados se acercaron a Roberto, lo hicieron salir la mano del otro y lo levantaron. Yo traje un vaso con agua y logramos que se la tomara.

—Venga afuera.

—¿Pero qué hacemos con este? —dijo otro, señalando al del filo.

—Ahora ya no podemos hacer nada —respondió el jefe.

Roberto no quería caminar, nos pedía de favor que lo soltáramos y nosotros lo empujábamos hacia fuera. Entonces comenzó a lamentarse y a subir el tono, hasta que ya gritaba como un demente y tuvo que darle por de bofetadas. Lo arrastramos al patio y sentamos en una piedra. Miré por una ventana y vi que la sábana blanca se iba entrojando, empapándose la sangre en la hondonada de la cama por debajo de las nalgas del cadáver. Todo a su alrededor entrojado y los pies se movían espasmodicamente.

—No era malo —dijo uno en voz baja.

—Cualquiera puede cometer un error!

—¡Me cago en Dios, coño! —gritó Roberto, tratando de zafarse. Otros nos ayudaron a sujetarlo.

El político salió de la barraca y se acercó.

—¡Pareces un estúpido gellando! ¡Cállate!

Roberto quedó quieto, en silencio, y así sentó en la piedra. Lo soltamos. Dentro, alrededor del cadáver, varias estaban llorando. Ninguna escondía las lágrimas.

—Pobrecito.

—¿Por qué le tienes lástima? ¡Era un hombre como todos nosotros! —dijo encarándome al que había hablado.

—Es que no tenía experiencia de estas cosas —dijo el compañero—. Ahora somos menos.

—¿Qué carajo pasa aquí! —exclamó el político—. ¡La moral de la tropa no se puede caer! ¡Estamos en una situación delicada!

—Era joven y...

—¡Qué joven ni qué ocho cuartos! ¡Era un irresponsable! ¡No era revolucionario ni comunista! ¡Era un mierda! ¡Si hizo esto era un mierda!

El político entró a la barraca y fuimos tras él. Todos estábamos cabizbajos, apenados. El político daba vueltas y miraba a la gente. Algunos compañeros ya terminaban de envolver el cadáver en dos sábanas y el jefe había ordenado abrir un hueco profundo en el patio.

—¡Qué nadie se ablande ahora, carajo! ¡Primero se roba la lata y ahora es incapaz de aceptar la crítica! ¡Una lata de leche condensada es una mierda, aunque debíamos haber actuado mucho más fuerte con él, pero nunca debió haber hecho esto!

El político daba pasos firmes entre la gente y nos miraba. Roberto levantó el rostro y observó limpiamente a los compañeros que terminaban de envolver el fillo. Todos sacudábamos la cabeza.

—¡Anul el único que tiene que morir es el enemigo!

El cadáver yacía envuelto en las sábanas empapadas en sangre sobre la cama.

Cutato, Este de Angola, junio de 1978

CUANDO SE DECIDAN VUELVAN POR AQUI

Lo pusieron al frente de una cárcel y le dieron un carro. En esa época los miembros de la UNITA y los delincuentes estaban juntos porque no había tiempo para hacer un sistema carcelario que los dividiera. Ni tiempo, ni dinero, ni fuerzas tampoco, porque todo iba para el frente de combate. Y pocos hombres lo acompañaban en la tarea que le habían asignado.

A la semana de estar allí nombró a un negro grande y fuerte como jefe de galeras y le dijo, en mezcla de español y de portugués:

—Averigua quiénes son miembros de UNITA."

Dos días después, el jefe de galeras le informó que decían ser campesinos pobres, presos injustamente, no sabían por qué. Con enojo contenido fue hasta las mismas rejas, cogió el sambrán con los cargadores, la pistola, el fusil y el puñal y los tiró al suelo. Después entró en medio de la confusión de los presos, quienes gritaban y lloraban.

En la porta de afuera se habían quedado cuatro cubanos, asombrados de que su jefe se metiera entre aquellos hombres, pero Manuel siempre había dicho que a los seres humanos se les habla en voz baja.

" Miembros de la UNITA (Voz portuguesa)

—A estos tengo que hablarlos de cerca, y sin armas para que me crean.

Observó a los hombres y a las mujeres, todos de distintas edades pero de una delgadez cadavérica. Los miró de frente y como si buscara a alguno en especial. Los hombres bajaban los ojos a medida que los miraba. Se trepó en un banco y los setecientos presos se agruparon a su alrededor.

—Camaradas, yo no tengo armas y quiero hablarlos. Voy a hablarlos para que me comprendan. Aquí hay hombres de la UNITA y necesito saberlo, necesito saber quiénes son. Los únicos que me lo puedan decir son ustedes mismo. Nosotros no queremos matar a nadie, pero necesitamos saber quiénes son de la UNITA.

El silencio se hizo alarmante, sobrecogedor.

El viento del patio entró por los corredores y movió puertas, le envió el pelo y lo despeinó. El se llevó la mano a la cabeza y dejó ver unas entradas profundas y una vieja cicatriz. Ya no recordaba la cicatriz, al que se le había hecho estaba en el «hueso» hacía diecisiete años. El había estado preso y conocía el sentimiento que engendra el encierro. Sabía cómo se comportan los hombres cuando otro les habla, y si la palabra trae consigo alguna esperanza de libertad, entonces se vuelven más alegres, más comprensivos y hasta quieren ayudar.

No quería engañarlos, decirles que los liberaría porque era mentira. Miró por encima de las cabezas y dijo:

—Al que me enseña a los miembros de la UNITA lo separo del resto del grupo y trabajará la tierra en aquella porta —y señaló hacia un campo lleno de hoyos, con yerbajos y sin cercas.

El silencio quedó roto por un murmullo creciente, pero nadie decía nada en claro.

—Los miembros de la UNITA que se entreguen, también trabajarán la tierra —se bajó del banco y mandó a abrir la reja. Los soldados de las FAPLA y los cuba-

nos que estaban fuera aplaudieron cuando lo vieron salir, le daban la mano y comentaban entre sí con grandes sonrisas.

Varias horas después llegaron tres hombres escoltados por una pareja de las FAPLA.

—*Não, membros da UNITA* —dijo uno, nervioso.

Manuel los miró desde atrás del buró y se paró. La espalda del cubano les doblaba el cuerpo a cualquiera de aquellos hombres.

—*Como me demonstran que son membros da UNITA?*

Los presos se miraron, perplejos.

—Cuando uno es miembro de una organización militar, tiene armas. Si las traen, les creo.

Los presos volvieron a mirarse. Estaban confundidos y no entendía qué quería Manuel.

—Supongamos que les creo, pero ¿cómo les van a crear los jefes angolanos? —dijo poniéndole la mano a uno de ellos en el hombro.

Fuera se paseaban varios soldados y miraban de espiado hacia la oficina.

—*Não temos espingardas* —decía uno de los hombres y los otros unieron sus voces— *É certo, não temos espingardas!*

Manuel miró a cada uno a los ojos y luego sacó una caja de cigarras. Los presos seguían los movimientos de las manos del cubano.

—¿Quiéren?

Y sin esperar la respuesta les dio un cigarro a cada uno, se los encendió y les señaló la puerta. Mientras los acompañaba les dijo:

—Cuando se decidan vuelven por aquí.

Al otro día uno de los hombres quiso ver a Manuel y tuvo que esperar un momento porque el cubano estaba arreglando un tendedero eléctrico en la oficina. No quería

• *Nosotros, membros da UNITA* (Voz portuguesa.)

• *Non tenemos fusiles* (Voz portuguesa.)

olvidar su oficio en Cuba y se sentía satisfecho de trabajar en lo que realmente sabía.

—*Avante* —dijo Manuel.

El preso asintió. Se le veía algo liberado en sus movimientos ante el jefe de la cárcel.

—*Digame* —habló con un destornillador en una mano, apretando un alambre en un chuchó.

—*Eu sou membro da UNITA* —

Manuel asintió, lo miró un momento y bajó los ojos otra vez al chuchó.

—*Eu tenho uma espingarda* —

—¿Sí? —pero realmente no preguntó, era una pregunta para él mismo.

—*Está na minha casa* —

El cubano sacó dos cigarras de la cajetilla y le dio uno al preso. Las manos del negro temblaban. Manuel encendió la fosforera y el preso se inclinó para acercar el cigarro al fuego.

—¿Dónde tú vives?

—*Numa sanzala de mala* —

—¿Pero dónde está esa sanzala?

—*Cuito Cuavale* —respondió el hombre con los ojos bajos.

—¿Sabes leer? —preguntó Manuel con el rostro pegado al chuchó. Había un alambre que no quería entrar y él apretaba el destornillador.

—*Um bocadinho* —dijo el preso en un tono cada vez más tranquilo.

—A ver, coge ese papel —señaló Manuel con la punta de la herramienta—, lee.

• *Adiante* (Voz portuguesa.)

• *Eu sou membro da UNITA* (Voz portuguesa.)

• *Eu tenho um fusil* (Voz portuguesa.)

• *Está na minha casa* (Voz portuguesa.)

• *Em uma aldeia da selva* (Voz portuguesa.)

• *Eu sei ler um pouco* (Voz portuguesa.)

El negro apasionó la hoja de papel que temblaba entre sus dedos.

—Los hombres que se entreguen trabajarán la tierra en la misma cárcel y podrán comer lo que producen. Si no han asesinado a nadie, no se les hará juicio y quedarán libres, y...

—Sabes leer bastante bien. ¿Quién te enseñó?

—O pai da igreja."

Las moscas daban vueltas alrededor de los dos y se oía un murmullo en el patio.

—¿Dónde tú dices que tienes el arma?

—No quimbo."

—¿Fica longe?"

—Preciso dois dias" —dijo el preso con una chispa de alegría en sus ojos.

Manuel quedó en silencio, absorto en lo del chucho. Uno de los alambres se resistía a dejarse prender por el tornillo. De pronto dejó escapar un jahl de satisfacción y apretó fuertemente la plaza. Entonces miró fijo al preso, parado, que seguía los movimientos de sus manos.

—Ve a tu casa y vuelve con el fusil.

—¿Cómo, eu?" —dijo y se llevó una mano al pecho.

—Sí, ve a tu *santada* y busca tu fusil. Debes estar aquí el miércoles, es decir para la cuarta feira." Hoy es lunes.

Manuel sacó una cajetilla de cigarras y se la entregó.

—Busca tus cosas y vete ahora mismo.

El preso salió mirando a Manuel; no dejó de mirarlo hasta que cerró la puerta. Entonces el cubano tiró el

1. El padre de la iglesia. (Voz portuguesa.)

2. En el bicho. (Voz portuguesa.)

3. ¿Cuándo lejos? (Voz portuguesa.)

4. Necesito dos días. (Voz portuguesa.)

5. Miércoles; el lunes es segunda feira y el viernes es quinta feira, los demás días se denominan en este mismo orden. Sábado y domingo se escriben y pronuncian igual. (Voz portuguesa.)

chucho en una gaveta. Ya no tenía importancia si lo arreglaba. Sacó el pañuelo del bolsillo tesero del pantalón verdolivo y se limpió las manos sudorosas.

Al rato un soldado llamó a Manuel y le dijo que un preso quería salir de la cárcel porque él lo había autorizado y no sabía qué hacer.

—Ya volverá —contestó Manuel.

Otro soldado cubano se enteró y lo recriminó:

—¿Tú estás loco! Ese tipo no gana los pies aquí otra vez!

—A lo mejor, pero es uno solo —dijo mirando hacia fuera por una de las ventanas de la oficina—. A toda hora estamos corriendo el riesgo —y apuntó a los jóvenes presos que jugaban con unas piedras en varios hoyos dentro de un cuadrado.

—Ese tipo va a hacer que te boten de aquí pa'l carajo.

—Buena... —dijo Manuel y recogió el zambón y la pistola de arriba de una silla.

El comisario de las FAPLA lo supo y todos escucharon sus gritos. El jefe de los cubanos en esa zona, muy enojado, se reunió con los que tenían algunas responsabilidades en el Estado Mayor del batallón y decidieron trasladar a Manuel a otro sitio.

Ocupó el cargo de abastecedor de la tropa, y ese mismo día en que salía de la ciudad para buscar viveres con su nuevo camión, apareció el negro. Venía por la carretera con dos fusiles al hombro y detrás una mujer con un niño de meses envuelto en un trapo, a la espalda. También traían cuatro niños más, descalzos, y luego, separado por varios metros, un compacto grupo de hombres que gesticulaba y discutía en su dialecto, al parecer, algo de importancia.

En sus manos traían armas iguales a las del preso.

—Estás a ver, camarada cubano? Muchos miembros da UNITA deseejan trabalhar a terra" —acabó el negro con otro tono de voz.

6. ¿Estás mirando, camarada cubano? Muchos miembros de la UNITA desean trabajar la tierra. (Voz portuguesa.)

Manuel dejó escapar una carcajada atonadora. Los hombres se asustaron y miraban con ojos inmóviles al cubano.

—Buen trabajo —dijo Manuel con una de sus manos sobre el hombro del otro.

Los mandó a montar en el carro y entraron en la ciudad. Fueron directo a la cárcel, allí dejaron las armas y se llegaron al puesto de mando del batallón.

—Con el permiso, jefe —dijo Manuel con la mitad de la cabeza dentro de la oficina—. ¿pueda llegarán aquí ahora?

El mayor salió. Tenía una pregunta que volaba en sus labios.

—Este es el hombre que dejó salir al lunes. Hoy es miércoles.

—De todos modos fue una locura —señaló el jefe, firme, con severidad.

—Mira, jefe, yo sabía que volvería, pero ya va... —y extendió la mano por encima de la docena de cabezas.

Silva Porto, septiembre de 1976

EL FUSILAMIENTO

Ya les habían celebrado el juicio y los iban a fusilar. Eran bandidos de la UNTA, participantes en una masacre donde las mujeres abortaron a patadas y los fetos fueron lanzados al aire y macheteados.

Caminaban aplastando las hierbas tiernas, húmedas del rocío. Algunos iban descalzos y todos entrecerraban los ojos a causa del fulgurante sol, mientras el pelotón que empuñaba las armas avanzaba en semicírculo a sus espaldas. El sanitario, algo rezagado, debía comprobar la muerte de los ajusticiados y miraba a los hombres de los que le antecedian, y los cañones de los fusiles.

Llegaron ante una zanja larga y, sin mucho rodeo, les dijeron que debían estar de frente, en pie y hombro con hombro.

Las casas del pequeño pueblo destacan sus techos de paja y barro más allá de los arbustos, en una planicie reverdecida.

El jefe del pelotón no dijo el «¡fuego!», sino que bajó una mano, rígida, y exclamó: ¡Vál!

Allá enfrente, uno de los bandidos levantó el puño izquierdo y gritó:

—¡Viva Savimbi! ¡Viva el socialismo!

Y las armas dispararon enloquecidas. Luego el jefe del pelotón, con la pistola en la mano, repasó a los

fusilados en el suelo. Cuando terminó en el otro extremo, uno de los ajusticiados, que tenía un amuleto de cuero colgando del pecho, se puso en pie, trabajosamente, y dijo en un acento:

—Epa, eu não posso morrer... Eu ainda não ganhei tiro na minha cabeça.⁶²

El jefe del pelotón colocó un nuevo peine al arma y disparó sobre el bandido.

Lusac, abril de 1976

⁶² Oya, yo no puedo morir... A mí en me dicen tiro en la cabeza (Voz portuguesa)

UN CUENTO DE LA GUERRA

En memoria de
Gustavo Aléxico
caído en combate

Ahora está ahí, sentado en una butaca, con un vaso mediado de ron en la mano derecha y la botella en el suelo. Su mirada pícaro me hace recordar viejas historias amorosas y llos en que se ha metido, aunque siempre dice lo que ocurra de una manera que gusta a la gente. Por eso casi todos le piden un cuento de la guerra.

—Si hablamos de Angola no acabamos nunca.

Los cuatro estuvimos allí, pero Roberto y Manlio conocen mucho más de los encuentros armados. Y todos están alrededor de Roberto esperando que hable.

—De la guerra no...

—Tú sí sabes. Cuenta algo, anda —dice un hijo de mi otro hermano.

—Vamos, cuenta algo —pide nuestro padre.

—Es que... No, pero de la guerra no... Miren, en abril quisimos celebrar el Día del Miliciano. Una tarde, mucho antes de esa fecha, metimos dos puercos al otro lado del Cunene y no sabíamos cómo pasarlos. Un viejo aconsejó que les sacáramos los mandongos y los tiráramos al agua, amarrados. Así los pudimos pasar porque flotan... Bueno, les decía que no teníamos puerco para celebrar el Día del Miliciano y fuimos a ver al soba⁶³ de una sanzala para cambiar alguno por cual-

⁶³ Jefe de tribu, cacique

quer cosas. Cuando sacamos las latas de tronchos y de sardinas el viejo se ablandó, pero no quería trato. Después sacamos los jabones y puse los ojos así, salí corriendo y arrastré hasta donde estábamos un cochino de una tonga de libras... ¡Nos lo dio con soga y todo!

A pesar de que sonríe pienso que los demás no se dan cuenta; en el fondo de su risa hay tristeza. Siempre tengo esa impresión cuando habla de lo que vimos y aprendimos en Angola. Al conversar mueve sossegadamente sus manos fuertes, de soldador, ante los demás.

—Oye, tío, habla de la guerra —pide mi sobrino. Él lo mira y calla un rato con el vaso en las manos.

—Hay tantas cosas que recordar... Un día vi a una mujer que cocinaba en la cabeza... La mujer llevaba un paño enrollado sobre la cabeza y arriba un platón, encima del platón una hornilla con carbón encendido y un caldero más arriba. ¡Échaba humo como una locomotora!

Babe y ríe, pero en el fondo de su risa hay tristeza. No sé por qué pienso que pudiera estar recordando el combate donde cayeron dos compañeros, uno de ellos entrañable para él. Cuando nos vimos la segunda vez en Lobito me contó cosas terribles y súbitas juntas.

Uno de los que escucha va a decir algo, pero Roberto levanta la mano.

—Me acuerdo de algunas cosas ocurrientes... Cuando los angolanos de las sanzalas del sur nos velan, saltan corriendo como si hubiera llegado el demonio. La UNITA se escondía en las aldeas y teníamos que tomar algunas. Los negros nos miraban espantados y no podían creer que fuéramos cubanos. Para entendernos había que buscar dos o tres intérpretes. ¡Ni los mismos angolanos se entienden de un territorio a otro! Preguntaban si teníamos cañones debajo de nuestros brazos y si los negros y los mulatos también eran cubanos... Savimbi había dicho que violábamos a las mujeres y

nos la comíamos... Pensaban que éramos peludos, muy altos y con coimillas...

—¿Cómo podían creer eso? —pregunta mi sobrino, asombrado. El resto permanece absorto, mirándolo.

—Bueno, imagínense... Savimbi decía que había estado nueve años en la barriga de la madre y escapaba de las emboscadas porque volaba como un pájaro o corría como un perro... Se dejaba disparar delante de toda la sanzala y luego disparaban a cualquiera, pero el otro cala hecho trizas —miran asombrados a mi hermano—. ¡A Savimbi le disparaban con balas de salva y al otro con plomca!

Se lleva el vaso a la boca y bebe; enciende un cigarro, mientras los demás esperan que continúe.

—¿Y el cuento de la guerra, tío?

—Savimbi llegó a decir que cuando la UNITA triunfara en Angola, saldría hacia Cuba a liberar a los cubanos del comunismo... —ríamos y algunos se dan palmadas—. Y escuchen esto, que su revolución él era buena porque luchaba por el socialismo... El mismo Savimbi decía que él era el Che Africano.

—¡Qué falta de respeto! —dice nuestra madre alejándose, y allí en la cocina lanza unas palabrotas contra el Savimbi comensal de esa...

Fuera, los carros hacen un ruido tremendo, pero es como si hubiera un gran silencio. Cada uno piensa. Veo su garganta cuando se mueve al tragar el ron, y a través del cristal del fondo del vaso veo sus dientes manchados por el cigarro. Deja el vaso en el suelo, al lado de la botella, y cuando vuelve a inclinarse miro sus ojos y me parece que comprando su estado de ánimo. Es muy parecido al de aquella tarde en que me contó lo de la emboscada. Escucharon el intenso tiroteo allí lejos, pero no podían moverse de la trinchera porque debían cuidar un camión lleno de minas, granadas y proyectiles, atascado en las arenas del río Cuito Cuanavale. Además, imaginaban que era un combate

entre los miembros de la UNITA porque esa banda tiene contradicciones internas.

Comentamos a su alrededor de lo que hemos oído y conocemos acerca de Savimbi, pero mi sobrino, que ya es un muchacho de catorce años, insiste en el cuento de la guerra. Nuestro padre lo manda callar y nos hace poner en pie.

—Tengo cuatro hijos y los cuatro estuvieron allí... —dice con un vaso en las manos—. Ahora están aquí, pero lo fundamental es que estuvieron allí! ¡Beindemos por eso!

Bebamos rápido. Mi hermano permanece con la cabeza inclinada, tengo la sensación de que sus penas mientas anden por otra parte. Nos sentamos. En su rostro hay un cambio que apenas se nota: no sé si es el color de la piel o los ojos más chicos. Me recuerda la angustia de aquellos días y la muerte del Chino y el Flaco. Viajaban en un camión con una enfermera de las FAPLA. Frenaron a causa de un tronco en medio del camino y les dispararon con un LAW:¹¹ la cabina del carro quedó inclinada hacia delante y el Flaco murió sin poder hacer nada.

—Oye, tío, ¿mataste mucha gente allí?

—Chico, no preguntes eso —replica el muchacho y siento que mi hermano se relaja.

—Cuando hablan de colonialismo o de neocolonialismo uno no entiende bien, pero sí ponen un ejemplo es diferente. Una vez había un negro descalzo, con tonga o taparrabos, tenía un arco y tres flechas y traía puesto un saco tornasolado, de esos que la luz le saca colores... ¡Modernismo! Nosotros tuvimos que reírnos. Había tremendo frío y andaba con una vaca empujada por el pescuezo. Tiramos con el arco y la flecha cayó ahí mismo. El angolano agarró su arco y lanzó la flecha como a cincuenta metros... ¡Una puntería del

carajol! Después repartimos cigarrillos y el negro no le quitaba los ojos a la caja, le dimos uno pero nada traía interior. El angolano sacó una tasterera de esas que son de magneto y de gas... ¡Eso es colonialismo!

Algunos hacen breves comentarios. Noto que mi hermano está algo nervioso. Quién sabe si recuerda la mano del Chino, abrazada al derretirse la manija de la puerta cuando se cubrió el rostro para que no quemara sus ojos.

—¿Tío, tiraste tiros a mucha gente? —pregunta mi sobrino muy serio. Roberto empieza a mirarlo de otro modo.

—Ya está bueno. Déjalo hablar —digo y el muchacho se encoja, abultando el labio inferior.

—¿Te acuerdas del cuento que te hice en Lobito? —dice mi hermano—. De cuando celebraron en mi unidad el cumpleaños colectivo en el mes de mayo y no pude tomar casi nada porque no sabía dónde tú estabas, y pensaba que estuvieras muerto o combatiendo en ese momento... —me mira un instante y vuelve los ojos al vaso—. Cuando nos vimos me constó que ese mismo mes habían celebrado tu cumpleaños en tu unidad y no pudiste tomar porque te acordabas de nosotros, y pensabas que estaríamos combatiendo o muriendo en ese momento... ¿Te acuerdas?

Le digo que sí con la cabeza y recuerdo la conversación en Lobito. En el momento en que se escuchó el tiroteo allá lejos, un compañero salió de la trinchera y disparó varias ráfagas sobre una gacela, pero el animal escapó y dejaron de oírse los tiros de AK y de G3, en dirección a un monte cercano.

—¿Viste muertos, viste muchos muertos, tío?

Mi hermano se revuelve en la butaca y respira ruidosamente. Bebe todo el contenido del vaso y casi lo rompe al ponerlo en el suelo. Su hija más pequeña llega corriendo, perseguida por uno de los perros de la casa. La niña se recuesta entre sus piernas y le

¹¹ Potencia arma norteamericana, plástica, de un solo disparo.

acercó el rostro, él cambia de expresión. Aunque es la misma de cuando me contó lo de la emboscada: «Me mataron a un hermano», dijo. «¿Por qué no mates a veinte hijosputas de esos?», le pregunté cólerico y respondió que yo estaba equivocado. No supe qué decirle y pensé que no lo sentía de verdad.

Todos a su alrededor permanecemos en silencio, en espera de que siga contando. Pienso en que hay hombres tontos de remate, ahora uno acaba de pedirle que hable de la guerra. No se da cuenta.

—Vamos a hablar de otra cosa, caballeros —digo. Otro pide que continúe, que es muy interesante.

—Si las ven fumando de marcha atrás no lo pueden creer —intenta sonreír y me parece que no lo comprenden—. Las mujeres luman con la candela dentro de la boca y no se queman. Ustedes las ven andando por ahí con la punta del cigarro apagado, pero echando humo por la nariz —bebe de su vaso y se acoda en las rodillas—. Un día me acerqué a una y le pregunté por qué fumaba con la candela para dentro. ¿saben qué dijo? Que lo hacía de esa manera para no parecerse a los hombres.

—¿Disparaste muchas veces, tío? —pregunta mi sobrino y Roberto responde con prisa que lo más importante se veía entre la gente del pueblo.

—Nosotros les pusimos negros-camiones... —bebe un sorbo y aspira del cigarro—. Una vez vi una que exigaba un refrigerador en la cabeza. Se ven andando por la calle o por la carretera con bultos de leña o tanques de cincuenta y cinco galones en la cabeza que cualquiera de nosotros no cargaría en los hombros, el muchacho meado o cagado o limpio envuelto en paños de colores a la espalda y otras cosas en las manos, mientras el marido camina delante bien vestido.

Acercó a la hija con una mano y pasa la otra, lentamente, por el lomo del perro y al instante lo azota de manera violenta. Sus gestos me traen a la memoria lo que me dijo en Lobito. El Chino iba manejando cuando

el carro recibió el impacto. Saltó al suelo con el fuel y un cargador y lo hirieron en un muslo, se recostó a la goma delantera y disparó a los bandidos mientras gritaba a la muchacha que se fuera y lo dejara solo, pero ella siguió tirando parapetada tras la cabina.

Nota nervioso a mi hermano. Es evidente el esfuerzo que hace para serenarse. Sin embargo, el muchacho quiere oír de todas maneras el cuento de la guerra. Lo tomo de una mano y Roberto me aguenta. Creo que se da cuenta de mis intenciones.

—¿Qué puedo decir? Hay tantas cosas... Me acuerdo de cuando estábamos por Chilau, del día que una mujer, descalza, llegó a la entrada del campamento con una niña de once o doce años y dijo que era señorita. La mujer decía que su hija era señorita y necesitaba dinero... Uno del grupo, encabronado con aquello, le fue arriba a la vieja y tuvimos que aguantarlo. La vieja decía que la hija sabía lavar y hacer otras cosas, por eso le daba en cuatrocientos escudos... Eso fue lo poco que le entendimos, casi no hablaba portugués. Le dijimos que no la vendiera y trajimos algunas latas «n un saco. La vieja se tiró al suelo y quiso besarnos en los pies pero la levantamos. Decía que tenía otras niñas chiquitas y se le iban a morir de hambre.

—Dí algo de la guerra —pide mi sobrino, y la caja de fósforos, que daba vueltas entre los dedos de mi hermano, va a parar al suelo. Su hijo sale corriendo tras el perro que le ladra desde la puerta. Él observa cómo corre la niña y la tensión que refleja su rostro disminuye algo, pero es casi el mismo semblante del día que me contó, sentado en uno de los bancos del hospital de Lobito, cómo se habían enterado del combate: una columna de blindados se detuvo en el terraplén para pasar el río y ellos fueron a saludar a los otros cubanos. Un jefe los llamó y preguntó si reconocían a los muertos. Cuando vieron los cadáveres quedaron asombrados. «¿Dónde fue?». A menos de un

kilómetro de aquí», respondió el oficial y entonces todos se maldijeron por el camión atascado y la orden de cuidarlo, y aunque sabían eso sintieron remordimientos.

—Yo pienso que los que volvimos estamos más seguros de nosotros mismos... y hasta más revolucionarios. No quiero decir que me coma un tanque de guerra de marcha atrás, pero uno comprende más a la gente y quiere más a la Revolución. Hay cosas que no se pueden olvidar... —dice y mira su vaso, se lo empuja y enciende un cigarro.

En su rostro está la misma preocupación de aquel día. Me había contado lo que había dicho la enfermera: a ella se le terminaron las balas y salió corriendo, los bandidos la persiguieron y la hirieron en un brazo, y fue cuando escucharon un intenso fuego de AK desde el río. Ella pensó que otros cubanos acudían al combate y siguió la carrera hasta unos arbustos. Parece que los bandidos pensaron lo mismo y abandonaron la persecución, regaron petróleo sobre el carro y prendieron candela. Después huyeron. «¿Por qué no matas a veinte hijoputas de esos?», le pregunté rabioso y dijo que yo estaba equivocado. «Esta es una lucha de principios, no para venganzas. Tenemos que defender esto.» Al escucharlo no reconocí a mi hermano, pero su taconeo fuerte me demostraba la tremenda cólera que tenía dentro.

—Me acuerdo de muchos —dice con voz diferente—. Recuerdo a los compañeros que compartían una gota de café durante días de marcha forzada y a los que se sentaban a mi lado para leer sus cartas o hablar de la casa, me acuerdo de los que no sabían cantar y cantaban, de los que conseguían algo de beber y lo compartían. Me acuerdo de todos —queda en silencio con la vista fija en la nada mientras devuelve lentamente el humo por la nariz. El cigarro se mueve rápido entre sus dedos—. Recuerdo la cara de un angolito cuando regresábamos a Cuba. Habían asesinado a toda su

familia y siempre andaba con nosotros. Ese día estaba fuera de la barraca, llorando, sentado sobre una piedra. Estuve a su lado después de abrazarlo y no sabía qué decir. Cuando subimos al camión lo llamamos para despedirnos, pero no levantó la cabeza y el camión avanzó, el polvo lo envolvió y no lo vimos más. Nos llevaron a Lobito y cuando casi nos íbamos, como a los cinco días, apareció el muchacho con uniforme nuevo, botas nuevas y unos libros bajo el brazo. ¡Estaba contento! Estudiaba en la Escuela de Sargentos Especialistas.

—Tú sí sabes cosas de la guerra, pero no quieres contar nada —dice mi sobrino, halándolo por un brazo.

No hace el menor movimiento y permanece serio, mirando su vaso. De pronto, se para y tumba la botella, unos vasos se rompen. El ron corre por el suelo y yo me agacho rápido. Él no mira a nadie y va hasta la puerta de la calle, a mirar hacia fuera. El temblor de sus manos y el rostro demudado me recuerdan la angustia de aquellos días, su caminar sicado y la noche que disparó por encima de la unidad de aquellos indisciplinados que tiraban a toda hora sobre nuestro hospital. Le grité y le llamé la atención, diciéndole que no estaba en la selva ni en un combate. Fue como si volviera a la realidad y me dijo que yo tenía razón, pero me eché a reír y él sabía que mi risa no era de alegría por habernos encontrado, sino para no dar importancia a su estado.

Se separa de la puerta y nos mira a todos. Tiembla.

—¿Qué tú quieres? —dice mirando fijamente a su sobrino—. ¿Un cuento de la guerra? ¿Quieres que te diga que yo maté a cuatro o a diez? ¿Que las balas me pasaban por arriba y no me hacían nada y yo me reía de ellas? —pasa la mirada por todos nosotros—. ¿Quieren que les cuente cómo corría el enemigo y nosotros los cazábamos como a ratas? —respira profundo y mira del mismo modo que en Lobito—. ¡Habla que estar allí para saberlo! ¡Habla que estar allí para sentirse mal cuando muere un compañero tuyo y cuando

tienea que dispararle a un hombre parado o que corral
¡Hay que ver la sangre regada y los huesos afuera, y
a la gente que se muere, boquesando, pidiendo la vida,
para saber que la guerra no es una fiesta! El enemigo
que te dispara, a lo mejor es padre y quiere a sus
hijos igual que tú a los tuyos. Si piensas de esa manera
eres un hombre, pero al tú —dica dirigiéndose al mu-
chacho— vas caer a tu hermano. ¿sabes cómo te ponas?
¿Te imaginas de lo que eres capaz? —Queda en silencio
y se maula con rabia las manos en los bolsillos del pan-
talón—. ¡Te vuelves una fiera que no cree en ene-
migos... ¡Ni en enemigos que tienen hijos! ¡En nadie!
¡Matas, matas, matas, matas...! Y si todavía no has
perdido lo que tiene el hombre aquí dentro, de pronto
te das cuenta que eres un bestia y comprendes que
algunas cosas no se deben hacer porque uno no lo
pierde todo. Fae es el cuento de la guerra que yo
me sé.

Ciego de Avila, agosto de 1978

INDICE

Fata gran familia /	5
Durante la ofensiva /	12
Esta niña irá al cielo /	13
El niño y el viejo /	18
El loco de la bolina /	22
La primera misila /	25
Mascota /	30
La ruñaca verde de María /	31
Mis hermanos en la guerra /	35
Espero noticias tuyas /	40
En las ruinas de Tundavala /	46
Los muertos en nosotros /	48
El cervatillo /	55
¡A compartirlo todo! /	59
No importa quién disparó /	84
Fartas /	69
Un hueco profundo en el patio /	77
Cuando se decidan vuelvan por aquí /	84
El fusilamiento /	91
Un cuento de la guerra /	93

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradeceré también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, Palacio del Segundo Cabo, O'Reilly 4, esquina a Tacón, Municipio Habana Vieja, Ciudad de La Habana.

A hand is visible on the left side of the image, holding the book. The book's cover is red with a black border and four large, stylized black halftone patterns arranged in a cross-like shape. The text is printed in white on the red background.

La guerra, como medio para lograr o defender las conquistas sociales, ha sido una experiencia constante en la historia de la humanidad y el tema de este libro —que obtuvo premio en el género Cuento del concurso 26 de Julio del MINFAR, en 1981— aborda la guerra a través del soldado cubano que luchó junto al pueblo angolano, de sus vivencias y objetivos comunes, de la solidaridad y la hermandad que rompían, en cada momento, las barreras del idioma.

Rodolfo Torres (Ciego de Avila, 1950), es periodista del Instituto Cubano de Radio y Televisión.